

Una vez fue septiembre

Elliot Winfrey

INDICE

PREFACIO

"No existen libros morales o inmorales, los libros están bien o mal escritos. Eso es todo". Tales fueron las palabras más agradables del libro de tapa azul que me regalaste cuando estaba cerca de cumplir catorce.

Ha sido una suerte de premonición. No recuerdo el parágrafo, pero más adelante agrega que la felicidad acaba siendo inmoral en una sociedad exageradamente moral.

Tal es el convencimiento que me ha puesto a escribir.

Europa, Universidad de… 03 de enero de 2013

CAPITULO I: La pequeña ciudad.

La pequeña ciudad, en la que despreocupadamente caminaba en mi niñez llevado de la mano por mi ama, unos años después, resultaba enorme. Sus calles empinadas, transitadas por exuberantes desconocidos, perdieron su dulzura; las deslumbrantes montañas se redujeron a tapasoles; el maravilloso cuadro de casas blancas y rojos tejados no pasaron de ser simples moradas; los empedrados caminos y los senderos boscosos no volvieron a sugerirme una aventura: al igual que el desconcierto por el cielo y el movimiento de las nubes, dejaron de interesarme para siempre.

Nuestra casa en la pequeña ciudad de… contaba con sólo dos habitaciones. Papá la había comprado como casa de verano, por esto, cuando mamá y yo nos mudamos, sólo dispusimos de las dos camas que usábamos cuando vacacionábamos con mi padre, una cocina rudimentaria y un bar surtido con el mejor gusto.

La explicación de la repentina mudanza que me dio mi padre se redujo a que necesitaba que nosotros estemos lejos; en un lugar del mundo que nadie más necesitaba conocer, así lo exigían repentinos asuntos que precisaban toda su atención.

Por pedido de papá, no hicimos maletas ese vetusto enero en que todavía disfrutábamos de las ventajas de nuestra residencia en Hampstead. Nos colmó de apresuradas palabras de afecto y promesas de mejor suerte antes de entregarnos a su malhumorado chofer. Pero la premura de esa noche no impidió que mamá viaje con su clarinete, ese instrumento de ensueño que, solía decir, concibe mundos

extraordinarios como si fueran recuerdos perdidos, y en el que el abuelo grabó alguna vez: *Ana, c'est ça* poco después de ver los ojos vidriosos de mamá durante un homenaje a Mozart de la orquesta nacional.

A pesar de haber visitado en mi niñez la pequeña ciudad de… y haber contemplado encantado los eternos herbazales, las ruinas fortificadas que custodia el río…, los blancos mantos de las cimas de otoño, los techos de bermellón asurado; esta vez, simplemente, me encontraba en un estado de repulsión somático: los sinuosos caminos empedrados, las adormecidas aguas del …, el pintoresco cielo, las caras anónimas, todo me provocaba repugnancia, incluso la prolija biblioteca que papá completaba estoicamente enviándonos libros por correo.

Hermann Hesse decía que el joven Siddhartha participaba a una corta edad de las conversaciones de hombres sabios. Bien. Mi padre esperaba algo parecido de mí. En Hampstead, por su influencia, había leído gran parte de la obra antigua, moderna y contemporánea; hablaba perfectamente el inglés, francés y el italiano; tocaba la lira y el violín y, además, encarnaba inconscientemente una suerte de personaje misterioso o, al menos, era lo que, según mamá, las mujeres susurraban cuando me miraban a la distancia porque –decía– me encontraban apuesto y, por alguna razón desconocida, siempre creemos que las cosas bellas encierran un misterio o algo igual de bello.

Demoramos pocas semanas en amoblar la casa, abastecer la cocina y vestir las estancias con el cortinaje reguarnecido que adoraba mamá; contratamos un maestresala que durante los primeros dos meses miraba tan descaradamente a madame Anne que acabamos confundiéndole con una suerte de acosador encubierto. Le echamos y contratamos a Sophie, una viuda de cuarenta y tres años sin destreza para el oficio, pero que, por lo menos, puso fin a las incómodas entrevistas.

–Tu papá te ha enviado algo –dijo mamá.

–¿Un pasaje de regreso?

–No te hagas ilusiones. Pero, en serio, parece que tiene un regalo para ti. Toma.

–¿Este libro es para su biblioteca o para mí? ¿Acaso no sabe lo que quiero?

–No te desesperes. Te he dicho que pronto estaremos paseando en la colina de Hampstead Heeath de nuevo.

–Madame Anne –interrumpió Sophie–. Monsieur Sebastián está en el teléfono.

–Contesta –dijo mamá– señalándome el aparato con su cabeza.

La conversación fue fatigante. Papá siempre me envolvía con disquisiciones del espíritu renacentista, pero, afortunadamente, mamá sabía poner un contrapeso a esas rigurosidades intelectuales con su empirismo y su sonrisa.

–Sí. Gracias –me despedí por fin–. Pero ahora leo algo en internet. Lo leeré cuando acabe.

–Okay, hijo. No olvides pedirle a…

–¿Sophie?

–Ajá. Que espere dos días más. El banco más cercano está a diez horas y mañana regreso a Londres.

–¡No cuelgues! –prorrumpió repentinamente mamá abalanzándose sobre mí para quitarme el teléfono.

Mis padres acababan de reconciliarse. Después de tres meses sin dirigirse palabra, ahora hablaban largamente, con cualquier excusa,

aunque me disgustaba que me oculten su conversación y, aún peor, que mamá se encierre en su habitación por dos o tres horas con la radio o la televisión encendida para que no pueda escuchar nada. Estaba seguro que trataban los hechos que nos mantenían lejos de Hampstead. Por otro lado, mamá siempre sorteaba impecablemente el tema cuando intentaba abordarlo.

–¿No ibas a salir? –me preguntó cruzando dulcemente los brazos que descubría su fina blusa beige sin mangas.

–Sí. Estoy esperando que venga el gordo. No demora.

–Intenta divertirte. Eres joven –me dijo sonriendo– ¡Disfruta tu cumpleaños!

El problema de las pequeñas ciudades es que no sugieren grandes sorpresas. No me costó más de una semana acostumbrarme a los escasos lugares, calles y caras que componían la ciudad. Sin duda era un pueblo hermoso, pero extenuantemente tranquilo: del tipo de cosas que complacían a mi padre.

–¡Por acá, Elliott! –Me gritó, sin aliento, el gordo que había corrido delante de mí para encontrarse con Melanie y su prima que llevaban esperándonos casi diez minutos en la esquina del único club de la ciudad.

–Nací en Francia, pero crecí en Florencia-Italia. –Le contesté a Victoria echando el humo de mi Camell mientras caminábamos al club–. Mamá es americana y Papá, francés.

No mentía por capricho. La verdad no es importante si la mentira tampoco lo es; y, para personas como Victoria, Melanie y el gordo, estas cosas no parecían serlo. Por eso no resultaba descabellado que honrara la promesa que le hice a papá y ocultara estos pormenores.

–Por los diechiocho años de mi *brother* –gritó el gordo, borracho, a mitad de su canción preferida y sacó a bailar a Melanie.

–¡Siempre he querido conocer Italia! –me dijo Victoria mirando a su prima y al gordo alejarse.

–No es la gran cosa que aparenta –contesté llevando mi Tom Collins a la boca–, pero si te interesa, un día podemos ir –agregué traviesamente.

–¡Jajá! ¿En serio?

–¡Claro! –dije agachando, a propósito, la mirada para dejarla pescarme mirando su escote.

–¡Qué lindo! –contestó con una sonrisa coqueta– Espero que la estés pasando tan bien como en Italia –agregó agitando su margarita.

–¡Mucho mejor! –contesté mirándola suspicazmente a los ojos.

Victoria tenía diecinueve años, era turquesa, de figura delgada y arqueada. Al gordo le entró envidia cuando la vimos porque era mucho más atractiva que su enamorada.

–¡No jodas! ¡Vete a la mierda! –gritaba, de pronto, Melanie mientras se acercaba apresurada a nuestra mesa con el gordo tratando de persuadirla.

–¡Vámonos, Vicky! –le rogó, airada, a su prima colgando vigorosamente su pequeña cartera italiana en su hombro.

–¿Qué pasó? –replicó Victoria desconcertada.

–¡Pequeña! –decía el gordo suplicantemente mientras tomaba a Melanie del brazo– ¡Escúchame!.

–Parece que te vas a tener que ir –le dije a Victoria mientras, a unos metros de la mesa, Melanie hacia ademán de no convencerse con los argumentos del gordo.

–Sí –contestó Victoria haciendo una mueca de decepción–. ¿Tienes Facebook?

–¡Claro! Lo tengo abierto en el móvil. ¿Con qué nombre te busco?

Me senté al lado de Victoria y bromeamos mirando fotos juntos hasta que Melanie se la llevó.

El gordo era un bribón. Se había quedado mirando descaradamente a una brasileña y eso exasperó a Melanie porque lo hacía todo el tiempo. James era un amigo, un camarada, un cómplice, pero no un enamorado, eso lo soportaba como soportaba la pequeña ciudad de…; por eso, cuando lo conocí, casi sólo hablábamos de lugares y mujeres de tierras lejanas, como si se tratara de cuentos de hadas.

Me emborraché con él hasta casi las tres de la madrugada, vimos el club contagiarse del sopor de la ciudad y, con las esperanzas abatidas, caminamos de regreso.

Encontré a mamá durmiendo con la televisión encendida. Me arrojé a mi cama para acostarme cuando mi móvil comenzó a sonar. Era Victoria hablándome en el Facebook. Pasamos el resto de la noche coqueteando; me mandó fotos casualmente sensuales y acabó revelándome que, dejaba la ciudad por la tarde para regresar a la universidad porque sus vacaciones habían terminado. No me negó que quería volverme a ver.

Cuando me levanté, pasé el resto del día en cama mirando películas con mamá. Nos habíamos acostumbrado a hacernos compañía para no aburrirnos. Uno de los problemas de la pequeña ciudad de… era que su escasa existencia reducía a un "tómalo o déjalo" el espectro de

amistades. En esos cuatro meses, que llevábamos en la pequeña ciudad de…, a parte del gordo, sólo logré conocer tres chicos más que rondaban mi edad, pero eran unos apáticos, ensombrecidos por ese descolorido mundo. No había escuelas ni instituciones en los alrededores por eso no encontraba nadie contemporáneo y casi todos los chicos que habían cumplido la mayoría de edad se habían ido a la universidad o estaban retirados en las granjas o los campos de cultivo a unas dos horas de la ciudad. Por su parte, las adormecedoras muecas y severo ceño fruncido de las mujeres maduras de la ciudad frustraban cualquier intento de mamá de entablar amistad y, en el peor caso, la aburrían al grado de que prefería confinarse en casa.

CAPÍTULO II: Noticias.

Después de unas semanas de mi cumpleaños, el gordo, harto de todo, aceptó una oferta de trabajo de su primo para manejar coches de equipaje en el aeropuerto de East Midlands. Nos despedimos con los mejores deseos prometiendo continuar en contacto y me encargó, burlonamente, que cuide a Melanie en su ausencia.

Los siguientes días fueros soporíferos. Casi siempre me la pasaba en casa, mirando películas con mamá, navegando en internet o leyendo los nuevos libros que enviaba papá.

Pronto, llegó, también, el cumpleaños de mamá, pero, desafortunadamente, Sophie no estaba porque su hijo, que vivía con su abuela, a unas dos horas de vuelo de la ciudad, fue internado repentinamente en el hospital.

Compré la torta de lúcuma con chocolate que le gustaba comer en su cumpleaños y papá le envío unas orquídeas violetas que llegaron el día anterior.

A pesar que mamá estaba acostumbrada a una gran atención en esa fecha, su expresión era afortunada. Preparamos unas piñas coladas y conversamos alegremente en el comedor de nuestros días en Hampstead.

Sin embargo, cerca de la una de la mañana su semblante empezó a ensombrecerse. Temía que se deba a que papá no había llamado, pero no me atreví a preguntárselo directamente; quería sugerirle que él podía estar en un avión sin acceso a un teléfono o que podía haber tenido un accidente, pero eso sólo hubiera acentuado la idea que mamá podría

haber tenido, en ese momento, de la indiferencia de papá o, peor aún, hubiera contribuido a angustiarla.

Saqué un juego de naipes para animarla con un truco que acababa de aprender en internet. Después de adivinar sus cartas dos veces, me retó a volverlo a hacer, y apostamos los quehaceres de la casa de los que, durante una semana, tendríamos que ocuparnos en ausencia de Sophie.

Era la primera vez que me embriagaba con mamá. Ella perdió ocho veces y yo dos porque en una ocasión se me resbalaron los naipes de la mano y en otra me distrajo una copa rota que rodaba al borde de la mesa.

–¿Cómo te fue en tu cumpleaños? –me preguntó encendiendo un cigarrillo.

–Bien –le respondí con un gesto de decepción.

–¿Parece que no hubo chicas?

–Sí. Pero no resultaron las cosas.

–¿No has conocido a nadie?

–¡Me tomó media hora conocer a toda la ciudad! –dije irónicamente.

–¡Jajá! –Rió mamá echando el humo hacia arriba. ¿Y Melanie? –preguntó con curiosidad.

–¡Está más gorda que James! –contesté burlonamente.

–Pero, las mujeres te miran mucho en la calle, Elliott.

–¡No voy a meterme con una vieja! –dije, percatándome que no había considerado la edad de mamá– Es decir, si hubiera una sola como tú… –agregué intentando atenuar mis palabras, y me detuve sonrojado cuando me di cuenta que sólo las empeoraba.

Mamá se quedó callada y, después de un rato, me sugirió que vayamos a dormir. Me dio un beso en la mejilla agradeciéndome la noche y subió a su habitación.

Me dirigí a mi cuarto con la mirada en el suelo por la tensión de ese momento y entré al Facebook.

–¡Elliott! – saltó, de pronto, en la pantalla de mi ordenador.

–¿Qué tal, Victoria? –contesté repentinamente entusiasmado.

De pronto, Victoria envío una invitación para iniciar una videollamada que acepté sin dudar. Se veía mucho más atractiva que en persona: sus pechos aparecían turgentes, su piel más clara, sus labios más rojos, sus ojos más grandes y su expresión más desenfadada. Estaba sentada en un escritorio rosa con una lámpara fluorescente que acentuaba el contraste de los tonos pintados por los arcos de su piel. Vestía una hermosa blusa turquesa cuidadosamente escotada, con un collar de piedras nacaradas que se balanceaba como el péndulo de un reloj antiguo sin poder escapar de su confinación.

–Te ves bien –dijo con una sonrisa que acabó mordiendo coquetamente sus delgados labios.

A pesar de mi edad, aún era casto; cuando estaba en Hampstead, mi primera enamorada sólo me había practicado sexo oral; antes de eso, siempre fui tímido, pero nunca me importó demasiado porque las chicas siempre se interesaban en mí: eso me generaba la tranquilidad de desaprovechar una oportunidad sin sentirme culpable porque nunca era la última y, en cualquier momento, en un excepcional acto de valentía, podría estar con cualquiera. Aquel acto nunca encontró suficiente convicción en mí, sin embargo, sí las terapias profesionales que me sugirieron en la escuela para abandonar la timidez. Fui perdiéndola poco a poco, hice más amigos, tuve mi primera

enamorada. Karen, después de una semana, me practicó sexo oral y en los siguientes días me encontraba con mamá camino a la pequeña ciudad de…

–Tú te ves increíble –contesté moviendo inquietamente las piernas por la erección que su imagen me había provocado.

–¡Gracias!

–¿Cómo van las clases de italiano?

–Es en lo único que me va bien –contestó alegremente.

–Eso espero porque vamos a jugar algo.

–¿En serio? ¿Qué cosa? –preguntó con entusiasmo.

–Te explico: empezaré diciendo una palabra cualquiera en italiano y, después, los dos tendremos que recitar palabras que guarden relación con ésta hasta que a alguno de los dos no se le ocurra ninguna. El que gane puede decidir el castigo del perdedor y, además, el ganador puede decidir la primera palabra de la siguiente ronda. Por ejemplo, si empiezo diciendo *nero* tú puedes decir *azzurro*; si empiezo diciendo *letto* tú puedes decir *cuscino.* ¿Qué te parece?

–¡Jajá! –De acuerdo, niño. Adelante –dijo con voz animosa.

Después de que Victoria perdiera cuatro veces –la dispensé del primer castigo y convenimos en sumar tres castigos antes de ejecutarlos para eventualmente irlos restando hasta que uno alcance en total tres– le pedí que me cuente su primera relación sexual. Había sucedido cuando ella tenía catorce años con el portero del edificio en que vivía entonces; él era nueve años mayor y se escabulleron en el departamento de una anciana que estaba visitando a sus hijos fuera del condado. No necesito decir que el relato me excitó tanto que por un momento olvidé que tenía la cámara encendida.

–¿Qué haces? –me preguntó cubriendo su boca mientras carcajeaba.

–Acomodo la silla –contesté sarcásticamente–.Es hora del segundo castigo: desabrocha dos botones de tu blusa –dije sin rodeos con una tremenda erección pesando en mi pierna.

Victoria lo hizo sin tapujos; no sólo dos, sino tres botones. Sus pechos sobresalían perturbadoramente como los frutos del árbol de Tántalo y, a pesar de que su blusa estaba más suelta, los contornos del busto continuaban estirados exhibiendo una abultada piel lechosa.

Le pedí que se sacara el brasier y, sin darnos cuenta, nos olvidamos del juego. Se llevó la laptop a su cama y comenzó a tocar sus senos con una mano mientras con la otra acariciaba su sexo humedecido. Era, sin duda, lo que los dos estábamos esperando desde el principio. Por eso me había llamado niño.

Comencé a frotar mi verga mostrándole claramente mi erección, y gemimos ligeramente aprovechando los audífonos. Intercambiamos palabras sensuales y fantasías deliciosas mientras imaginábamos que esto pudo haber ocurrido la noche de mi cumpleaños. Después de diez minutos, con la respiración entrecortada, me suplicó que acabe dentro de ella y aceleró el ritmo de su masturbación. Me masturbé con la misma ansiedad imaginando la sensación de mi verga ingresando repetidamente, y acabamos casi al mismo tiempo. Nos despedimos con la esperanza de vernos pronto en la pequeña ciudad de…

El sábado, mamá y yo dedicamos, por primera vez, desde mi niñez, un día completo juntos; tomamos el desayuno fuera y caminamos sin apuros por toda la ciudad; nos detuvimos en un parque con una escultura en piedra de una mujer que aparentemente era un personaje histórico; tenía la reseña deteriorada, pero sostenía una suerte de lanza precaria que apuntaba hacia el sol. Bromee diciéndole que era un palo

de escoba, pero ella se sentó, en silencio, a contemplar la maravillosa figura.

–Cuando éramos jóvenes tu papá siempre me contaba historias –dijo, de pronto, haciendo un gesto de nostalgia.

–¿Qué tipo de historias?

–Cuentos.

–¿Conoces la historia de la dama de piedra? –dije tratando de alegrarla.

–¿Orfeo y Eurídice?

–No. La dama de piedra es una historia de esperanza. Una vez, un artista le ordenó a su sirviente traer la piedra más bella que encontrara en la cantera para usarla en la creación de un busto a la reina, de quien estaba perdidamente enamorado, pero el artífice nunca estaba satisfecho con la piedra que traía su sirviente. Siempre era muy oscura o muy blanca, muy dura o muy blanda, muy pequeña o muy grande. El artista empezó a desesperarse porque el cumpleaños de la reina era en dos semanas y quería obsequiarle la cosa más maravillosa que se hubiera visto. Después de una búsqueda atormentada, su sirviente se rindió, pero temeroso de que su amo le de muerte, decidió pedirle la piedra al demonio; él se la ofreció, y de un gran tamaño, a cambio de que use una parte para hacer el busto de la reina y le devuelva el resto el primer día de la siguiente estación; advirtiéndole que si desobedecía, él se convertiría en piedra.

El pobre sirviente, sin salida, porque su suerte discurría entre los mortales azotes de su amo y la pérdida de su humanidad, decidió aceptar la oferta y le llevó la piedra al artista, pero, engañando al egoísta de su amo, le aseguró, para preservar su vida, que su precio era tan elevado que todas las tierras del país no podrían pagarlo y, por eso, era

menester, no sólo para el país sino para la reina, que le devuelva el resto de la piedra a un poderoso califa que se la entregó conmovido por la compasión que le provocó su amor, y que, si no lo hiciera así, traería a su numeroso ejército y, no sólo arrasaría el país, sino que tomaría la vida de la reina.

El artífice creyó la historia y recreó el busto más hermoso que se pueda haber visto, no sólo porque la piedra era maravillosa, sino porque la reina poseía las facciones más bellas en todo el reino, pero como todos los pedestales desmerecían su obra, pensó en usar temporalmente el resto de la piedra para apoyar el busto de su amada y devolverlo después de su presentación.

Ni los ditirambos ni las joyas ni la seda de lejanos mundos pudieron complacer a la arrogante soberana que, en efecto, era la más hermosa de las mujeres. Cuando llegó el turno del artista, toda la corte se maravilló por la inigualable belleza del busto que reposaba sublimemente en el resto de la piedra irguiéndose como una diosa que asomaba la cabeza desde el olimpo.

"¿Dónde has conseguido la piedra que has usado para venerar gratamente a tu reina?", preguntó la soberana complacida. Pero, temiendo el artífice, por un lado, el destino de su país y de su reina y, por otro, el aborrecimiento de su amada, ocultó la verdad diciendo: "Caminaba al monte con mi ayudante en busca de añil para mis pinturas cuando vimos a un perro jugar con un pequeño fragmento de una piedra deslumbrante. Se lo quisimos quitar, pero el perro no nos lo permitía. Finalmente, lo conseguimos y, cuando nos pusimos en marcha, el perro entró por una abertura en la tierra y sacó otro igual. Con esfuerzo, mi sirviente y yo extrajimos un enorme macizo que fue todo lo que encontramos antes que la tierra se desmoronara. En el camino, hombres sin par nos ofrecieron todo el oro de sus tierras y todas las tierras de su reino por él mientras que otros intentaron

arrebatárnoslo conjuntamente con nuestras vidas, pero que es el hombre y en que encausa su vida, si no arriesga su destino por la sonrisa que le guía", dijo el artífice abiertamente enamorado. "Pero, además, sepa –continuó–, ¡Oh, mi soberana!, que el macizo que sirve de pedestal a su busto es, en realidad, piedra que aún no ha sido labrada y que servirá para hacerle un retrato perfecto porque sólo la perfección puede parangonarla".

Ante la presencia del extraordinario regalo y las palabras del artista, el pecho de la soberana empezó a compartir los sentimientos del maestro y le invitó sentarse en su mesa. Les ordenó a sus sirvientes que desocupen el salón más precioso del palacio y coloquen ahí su regalo, sin ningún otro objeto porque nada más en el mundo se le comparaba. Pero la soberana no consintió que retirara el pedestal explicándole que ya había trabajado mucho por ella. Y el artista, que nada sabía de guerra y todo imaginaba con poesía, cegado por amor; se resignó pensando que las murallas del reino y su basto ejército eran suficientes para contener la noche más oscura y diluir las tinieblas más espesas.

Después de advertir todo esto, el pobre sirviente se encontraba abatido pensando que nadie más en el mundo había tan desdichado.

Pero, sin perder la esperanza, se vistió como emisario persa y untando afeites negruzcos en su rostro y manos, acudió a las puertas del gran taller de su amo y, ocultando su acento natural, dijo: "Mi amo, el gran califa, me ha enviado a tomar lo que le pertenece". Pero el pérfido artista, temiendo apartar la preciada piedra del lado de su amada sin apartar también su amor por él, culpó a su sirviente de ladrón y de no haber vuelto nunca con la piedra que le ordenó buscar.

El sirviente, entonces, se atavió con ropa pastoril y se dirigió al gran palacio de su reina; y, con acento montaraz, exigió justicia porque alguien había robado un gran macizo de sus tierras que ocultaba en un

agujero. Y la soberana, reconociendo que decía la verdad, dirimió: "Sin duda la piedra te pertenece, pero a cambio de que se te devuelva, debes pagar el precio del trabajo que la ha labrado; pues, has de saber que ésta, ahora, me honra con el busto más maravilloso del mundo, así que, por lo menos, debes entregar ese precio que equivale a diez reinos iguales a este. De otro modo, se te entregará el valor de la piedra más costosa que el hombre conozca".

El sirviente, pertinaz, cargó una alforja llena de oro y recorrió el reino, fascinantemente ataviado, diciendo: "Mi amo, un hombre acaudalado promete entregar tierras y fortuna por la cosa más maravillosa que alberga este reino, pues ésta se le ha extraviado, pero esa es toda la descripción que él sabe dar y que ustedes necesitan saber". Regalando monedas de oro como señal de su opulencia.

Poco tiempo pasó para que el robusto reino se enterara y hombres, de todas las edades y condiciones, acudieran a la suntuosa casa del sirviente, que siempre vestía como noble persa, con lisonjas y objetos de todas las singularidades y valores con la esperanza de reclamar esa gran riqueza. Y, pronto, la noticia llegó, también, a los oídos de la reina y su artífice que vieron con curiosidad el suceso, pensando ambos que sin duda el objeto más maravillo era el regalo de la reina, pero que ninguna fortuna puede pagarla; aunque, en secreto el artista sospechaba que se trataba del hombre persa que aún buscaba la piedra del gran califa.

Una tarde, bañado de sudor, el sirviente golpeó las puertas del artificie gritando: "¡Ayudadme, Buen maestro! ¡Hombres del califa me han encontrado! ¡Creen que he robado la piedra y me persiguen para arrebatarme la vida!".

El artista recordó al emisario persa que lo había visitado hace unos días y asumió que era verdad; y, cuando estaba a punto de responder, el

sirviente, temblando de miedo, pretendiendo que avizoraba a alguien a lo lejos, prorrumpió: "¡Ahí viene!". Y salió corriendo.

Con el alba, se presentó nuevamente el sirviente, oculto en su máscara persa, a las puertas del taller del artista y tan pronto éste salió, dijo, abriendo un talego, que cargaba en la espalda, con carne podrida y su antigua vestimenta: "Aquí están las entrañas de tu sirviente que asesiné con una flecha en la garganta y, después, descuarticé invadido por la cólera de haberme hecho perseguirle. Pero, ahora, sé que, en vano, he intentado en nombre de mi apiadado señor, recuperar su preciosa piedra, ofreciendo tesoros por ella, porque ésta permanece en el palacio de tu reina. Mas el ejército de mi señor camina a la ciudad y ésta y su gobernante pagarán la traición que no han dudado en ejecutar."

El artífice, asustado, corrió al gran palacio gritando: "¡Oh, mi amada!, mi culpa es que ahora un ejército persa se dirige a nuestro pequeño reino, para llenarlo de sangre y humillación", confesándole toda la verdad.

"Eso es imposible", contestó la reina. "Se presentó a mi palacio el gamonal de cuyas tierras tomaste el gran macizo y, después, de decirle que su piedra fue tallada por vuestra mano y que ahora adorna mi palacio, di una alforja de oro y se retiró complacido."

"¡No cabe duda!" Prorrumpió asustado el artífice. "Han conseguido enterarse de la mentira que te dije y han tomado ocasión de eso para asegurarse que la piedra descansa en el palacio. Ahora lo saben todo y vendrán a derribar nuestros muros."

Cayendo entonces en la idea de, que sin duda, todo era obra del emisario del califa que buscaba su piedra en la ciudad, ordenaron llevarle la piedra, inmediatamente, a su suntuosa casa, con innumerables regalos de oro y plata. El sirviente, disfrazado, los recibió

y, mostrándose misericordioso, anunció que abandonaba el reino para volver con su amo y detener al ejército.

Lejos de la ciudad, el sirviente, contento de saber que todo salió como esperaba, invoco al demonio el primer día de la siguiente estación para entregarle el remanente de la piedra y vivió el resto de su vida compartiendo su riqueza con otros.

.–¿Entonces, casi te conviertes en piedra, abuelo? –le dijo su nieta al envejecido sirviente cuando acabó su historia.

–Sí. Eso hubiera sucedido cuando mi amo no me quiso devolver la piedra.

–Querrás decir, el primer día de la siguiente estación, abuelito.

–Princesa, un corazón que late sin esperanzas late igual que uno de piedra –sentenció el antiguo sirviente con una pequeña sonrisa.

–Bonita historia –dijo mamá y se quedó mirando el horizonte como si como si quisiera ver más allá.

–Sí –contesté estirándome–

–¿Sabes lo que es un milagro? –me preguntó, de pronto–. Una vez –continuó– los dioses apostaron quien era el más milagroso de todos ellos. Lucharon la posición prodigando todo tipo de milagros en todo el mundo, pero la lucha fue equiparada, así que pensaron que necesitaban un desafío. Decidieron escoger un hombre y competir prodigándole los mejores milagros; pero no cualquier hombre, porque los hombres están llenos de necesidades y, fácilmente, resultaría ganador quien las satisfaga por casualidad, lo que era criterio subjetivo e irrazonable. Finalmente, después de un debate, decidieron que el mejor candidato sería un recién nacido y que, durante toda su vida, que

para los dioses era un parpadeo, lo llenarían de milagros para que, al final de ésta, él decida quién era el más milagroso.

Todos lo llenaron de milagros desde que nació. Era el más bello, el más inteligente, el más sabio, el más talentoso, el más rico, y nunca le faltó nada ni conoció la necesidad; y cuando llegó el final de su vida. Los dioses se reunieron a preguntarle: "¿cuál de nosotros ha sido el más milagroso?" Y el hombre contestó: "La muerte". Todos asombrados preguntaron por qué. "Porque, cuando estuve a punto de morir, fui infeliz y ese ha sido el único milagro en mi vida".

Me reí sin entender si era un chiste o si alguien había escrito esa historia con seriedad. Inmediatamente, mamá besó cálidamente mi frente y nos dirigimos a casa.

Cuando llegamos encontramos diez mensajes en la contestadora. Era una mujer: Sebastián tuvo un accidente, tiene inconsciente una semana. Lo siento no puedo decirles más. Soy Nicole, su amante.

CAPITULO III: La vida.

A pesar de todos mis intentos para levantarle el ánimo, mamá llevaba, muchas semanas, encerrada en su alcoba.

Me tuve que encargar de la casa durante casi una semana antes que llegara Sophie. Pero, con los días, también el estrés me empujó a confinarme. Pasaba los días en internet esperando que Victoria aparezca en línea, pero la ansiedad me consumió: traté de averiguar que nos había arrastrado realmente a la pequeña ciudad de… porque, pensaba, la amante de papá no pudo ser esa poderosa razón.

Pasé muchas horas leyendo, investigando y deduciendo, pero estaba bastante lejos de encontrar la verdad. Necesitaba más información y no había manera de reunirla; por otro lado, no podía acudir a mamá que se mantenía en una suerte de estado amniótico.

Pronto, papá dejo de enviar dinero y empecé a creer que su amante nos había mentido, que algo más complicado pasaba, que, tal vez, papá le había pagado a una prostituta para que nos mienta; él era una persona dramática, siempre quería darle excepcionalidad a su vida, quizá era sólo eso, quizá sólo estaba cansado de todo. Aunque, siempre, evitaba pensar lo peor: quería mantener la pequeña esperanza del sirviente del artista y no sucumbir ante la suerte.

Me dediqué con más esfuerzo a investigar. Hice llamadas a Hampstead imitando distintas voces para que nadie me reconozca, pero otra preocupación exigía mi atención. Sin papá abonándonos dinero, la cuenta bancaria decrecía rápidamente y no teníamos otros ingresos. Pero no podía ofuscar a mamá con eso.

Afortunadamente, ella me llamó para que vaya a su habitación esa misma noche. Yo entré sin decir nada y ella musitó palabras lastimeras con la mirada fija en el edredón.

–No importa lo que haya hecho papá –le dije interrumpiéndola–. Tú eres tú. Tu naturaleza es querer y la mía es protegerte.

Ella salió de las sábanas para echarse a llorar en mis brazos.

–¡Hijo! –prorrumpió en sollozos– ¡Lamento ser tan débil!

–No lo eres, mamá –le repetí dos veces antes de que mis mejillas se mojaran con las de ella.

–Todo va estar bien, mi amor –dijo intentando reponerse.

–Tenemos que regresar a Hampstead.

–No podemos, mi vida –contestó separando tiernamente mi cabello de mi frente.

–¿Por qué no! Busquemos a mis abuelos, a nuestros amigos. ¡Necesitamos hacer algo!

–Tu papá ha tenido que esconderse porque alguien acaba de intentar matarlo. Eso significa esa llamada –repuso mamá con una pena indecible–. Una semana antes de que hiciéramos este viaje, tu papá le disparó a un chico de veintidós años. Fue en defensa propia. Ese muchacho intentaba robarle mientras le apuntaba con un arma. Tú papá forcejeó con él y la pistola se gatilló; por suerte, el revólver estaba vació, pero eso enfureció a tu padre. Buscó el arma que esconde en su carro y le disparó. No tenía modo de saber que este chico era hijo de un narcotraficante que, en ese entonces, vacacionaba en Hampstead. Mi amor, Tu papá tuvo dos razones para quedarse: necesitaba continuar compareciendo al juicio, pero más importante –balbuceó llorando–, mantenerse lejos de nosotros para protegernos de las

represalias. La mujer que llamó es Gladys, su secretaria –continuó entrecortadamente– No reconociste la voz porque estaba impostándola. Espera –dijo mientras buscaba algo en su mesa de noche –. Mira –prosiguió, mostrándome un manuscrito con la letra de papá– Él preparó esta lista con situaciones simuladas que ocultan posibles situaciones reales. Lo que dijo Gladys sólo significa que se ha tenido que esconder porque ha intentado matarlo. Él no quería que nos encuentren. No quería dejar ninguna posibilidad abierta. No saben nuestros nombres, no saben dónde estamos, no existe ningún registro que nos vinculen a él porque nunca nos casamos y porque, a pesar, que, por coincidencia, tienes su apellido, él…, Cariño –dijo sin poder contener sus lágrimas –, no es tu verdadero padre.

–Eso no importa, mamá –contesté sin vacilar–. Él es mi papá y eso es lo único que necesito saber. No necesito calificarlo como la persona que me engendró o como la que me crió. Es mi padre y lo quiero por eso –agregué sentenciosamente sin atreverme a confesarle a mamá que mi abuela paterna me lo había descubierto hace tres años cuando celebramos su último cumpleaños. Pero, ni siquiera, me sorprendió la noticia en ese entonces. Era como si papá me hubiera preparado toda la vida para entenderlo; como si, en el fondo, su necesidad de aprobación hubiera sido la única razón para entregarme esa instrucción voraz y deshojar todos esos libros, llenos de historias y cuentos repletos de moralejas. Le hice el juramento a mi abuela de que esperaría que mis propios padres me lo dijeran y ella se despidió diciendo: también prométeme que te vas a divertir más y que tendrás una novia bonita y buena.

–Gracias, mi amor –dijo mamá derribándome sobre la cama por la emoción de su abrazo. Discúlpame por no haber sido fuerte, pero yo quería que esto acabé pronto. Gladys llamó porque tu papá piensa que están interviniendo sus llamadas. No sé exactamente que sucede, pero

sólo puedo pensar que está oculto, como lo previno, y que no puede comunicarse con nosotros directamente.

–Todo va estar bien –dije tratando de no urdir más preguntas en ese momento–. He estado aburrido en casa últimamente, sabes, y, como no iré a la universidad hasta el próximo año, quiero buscar trabajo. Don Héctor me habló de un puesto elaborando inventarios en la galería. –agregué intentando ocultar mi preocupación por nuestra situación económica.

–Elliott, no tienes que trabajar. Todavía tenemos bastantes ahorros. Además, seguramente tu papá va encontrar la forma de retirar dinero para enviárnoslo.

–Mamá, no tengo nada más que hacer en la casa.

–Pero, mi amor, no quiero que pienses que necesitas hacerlo. En serio. Estamos bien.

–Lo haré, porque quiero hacerlo. Es parte de mi formación. Será como un empleo de verano –sentencié sonriendo–.

–Eres obstinado como tu padre –dijo mamá peinándome tiernamente con su mano. Me dio un beso en la mejilla y destapó una sangría de su congelador personal–. ¡Por tu nuevo trabajo! –repuso secándose las lágrimas.

–¡Por la familia! –contesté y me lo bebí de un sólo trago.

–¡Jajá! Disfruta el vino. No es un shot. –dijo mamá riendo.

–Dicen que la segunda copa siempre sabe mejor, por eso tengo apuro.

–¡Jajá! Has visto esa película –me dijo señalando un DVD.

–No. Pero he visto el *tráiler*. Parece buena. Es un drama.

–Aún no la veo, pero Sophie me la recomendó. ¿Quieres verla conmigo?

–Sí –contesté viendo diluirse momentáneamente la neblina que opacaba nuestra felicidad.

Acabamos la botella y nos acostamos en su cama para ver la película, pero nos quedamos dormidos antes de los primeros veinte minutos.

Un dolor de cuello me despertó alrededor de las cuatro de la madrugada y encontré a mamá sentada a un lado de la cama fumando un cigarro con boquilla. Su silueta entonaba perfectamente con el resto de la habitación adornada con estores venecianos y su camisón blanco contrastaba sublimemente con la sombra que la luz, que entraba por la ventana, había pintado en la pared.

–¿Estás bien? –Le pregunté frotando, compungido, mi cuello.

–Sí, cariño. No podía dormir. ¿Te duele el cuello?

–Un poco. Creo que me he acostado en mala posición.

–Ven aquí, amor. Échate, a este lado, boca abajo y recuesta tu cuello en la almohada.

Mamá subió a la cama y comenzó a frotar diestramente mi cuello con un movimiento de arriba abajo. Mientras lo hacía, sentía los bordes de su camisón rozar la parte baja de mi espalda y la tersura de sus piernas cepillar mis muslos y pantorrillas. Tomó un frasco de crema corporal y extendió un poco en sus manos y mi cuello, pidiéndome que me saque la camiseta para no ensuciarla. Ejercía presión en los músculos de mi cuello y, cuando era necesario, limpiaba el exceso de crema, esparciéndola, con las manos abiertas, en el declive de mi espalda. Sentía su respiración haciéndose más fuerte y el calor de sus manos mezclarse con la frialdad de la crema en mi piel.

–¡Mamá! –exclamé, sin pensar, aturdido por la sensualidad de la situación.

–¿Te duele? Si estoy haciendo mucha presión avísame –contestó con naturalidad.

–No es eso.

–¿Ya no te duele?

–Me duele menos –dije intentando disimular la irresistible respuesta erótica de mi cuerpo que había despertado involuntariamente.

–¡Listo! –prorrumpió, por fin, mamá– Con esto no te va doler más.

–Ajá. –aseveré, sin atreverme a levantarme de la cama, esperando la oportunidad para disimular la rigidez que pesaba en mi entrepierna tan pronto mamá desviara la mirada.

–Voy por agua –dijo, de pronto–. ¿Quieres un vaso?

–Sí. Por favor. –contesté seguro de que mamá había notado lo que me pasaba y había buscado una excusa para dejarme solo.

Tomé el vaso de agua rápidamente y me despedí para ir a dormir a mi habitación.

CAPITULO IV: La gran ciudad.

Papá no volvió a hacer un depósito desde ese fatídico día. Tuvimos que despedir a Sophie que nos acompañó hasta el mes de octubre recibiendo prácticamente centavos, por afecto a mamá.

–*Madame Anne, ¡Vous êtes déjà une cuisinière!* –dijo cálidamente Sophie antes de partir.

El dinero que recibía en la galería no era suficiente, ni siquiera, para nosotros dos, pero, afortunadamente, nuestra cuenta bancaria aún nos amparaba. Lo más complicado de todo era tener que reducir drásticamente nuestros gastos y aclimatarnos a un nuevo modelo de vida.

Mamá también encontró trabajo como teleoperadora bilingüe de una empresa telefónica que acababa de entrar al mercado local y buscaba operadores que puedan trabajar desde casa.

No recibimos noticias de papá por mucho tiempo, y decidimos, sin, ni siquiera, discutirlo, no hablar del tema; aunque, a veces, escuchaba a mamá gimotear por las noches.

Después de unos meses, me ascendieron en el trabajo y me convertí en jefe de almacén. Una tarde mi jefe, que estaba consciente de mi instrucción, me pidió que escribiera un pequeño cuento para niños; algo con alusión a gigantes, si era posible, para acompañar un dibujo que había hecho su pequeña hija y que quería publicar en la revista de la galería por su cumpleaños.

Escribí el cuento en no más de un cuarto de página y lo llamé el gigante sin cuento. Su hija había hecho un dibujo muy interesante: el gigante estaba parado en la rama de un árbol. Lo curioso, por supuesto, era que, en realidad, parecía un hombre, un pastor, trepado en un árbol tratando de encontrar su cayado en la inmensidad de los pastizales que, a lo lejos, reposaba como un puente que atravesaba un río. Si bien, la autoría del cuento no me fue reconocida. A mamá y a mí nos pareció un encomiable comienzo.

Unos días después del aniversario de la ciudad, llevé a mamá a caminar al campo. Don Héctor me había recomendado un restaurante en las afueras de la ciudad y se me ocurrió darle una sorpresa. Salimos un sábado por la mañana, pero, desafortunadamente, nunca encontramos el restaurante.

Haciendo a un lado el inconveniente, caminamos a lo largo de las alquerías y los herbazales; viendo el colorido enajenante de la campiña, las huertas y el ganado pintados por los toques de luz y sombra de la tarde primaveral.

Con el atardecer acariciando las montañas, nos apresuramos a volver después de haber descansado en la sombra de un fresno. Pero, cuando alcanzamos la estación de buses, nos percatamos que no todos regresaban a nuestra ciudad, sino que algunos partían a otra aledaña. Le pregunté al chofer de que ciudad se trataba y me respondió que no importaba la ciudad, sino el casino. Muchos residentes de la pequeña ciudad de… viajan tres horas solamente para apostar los sábados –explicó–.

A mamá y a mí nos pareció una excelente justificación para abandonar nuestra reclusión en la pequeña ciudad de… y nos pusimos en marcha.

Llegamos alrededor de las diez de la noche. No podíamos creer que una ciudad tan populosa y animada existiera detrás del seto de nuestra ciudad. Conjugaba, aunque en magnitudes reducidas, los apetitos y las adicciones de las grandes ciudades; pero, sin duda, la atracción principal era el casino que divertidamente había colocado, en el dintel de la puerta, el verso de Dante: *Lasciate ogni speranza, ¡oh voi che entrate!*

Comimos una parrilla y nos dirigimos al casino. Después de tanto tiempo recluidos en la pequeña ciudad de…, habíamos olvidado las miradas lujuriosas que solían recaer en mamá. Pero no era algo que pudiera sortearse. Mamá siempre estaba bella. No importaba que usara, como se peinara ni qué ocasión fuera. Su cabello moreno contrastaba con su piel nívea, y sus labios prevalecían como el escarlata de los ibis egipcios. Su rostro era delicado; su contextura, delgada; sus ojos, verdes esmeralda y su timbre, dulce y complaciente, como el que simulaba Calipso cuando recibió a Odiseo.

Por suerte, la mecánica del casino distrajo las miradas que se dirigían a mamá y, además, la incomodidad de padecerlas. La mesa de *Black Jack* era de nuestras favoritas. En realidad, era una de las favoritas de papá. Aunque él siempre opinaba que la única manera de ganar en los casinos era evitando jugar contra éste, no le importaba perder un poco de dinero en el *Black Jack,* pues pensaba que, de todos los juegos en los que se compite contra el casino, ese, por lo menos, hacía que el dueño se coma las uñas.

Perdimos unos dólares en el *Black Jack* y nos dedicamos a probar suerte en los tragamonedas. Para la medianoche sólo habíamos perdido unos centavos.

–¿Ha tenido suerte, *madame*? –le preguntó un hombre bronceado a mamá mientras yo jugaba a dos máquinas de distancia.

–No mucha. –repuso mamá sonriendo y sorbiendo un trago que la azafata le había traído.

–Es una lástima –contestó el hombre remarcando su acento extranjero– pero, quizás, no está ganando porque usted tira la palanca esperando tener suerte. Debe hacerlo esperando cobrar sus ganancias –repuso para llamar su atención–. Esa es una ley para todo jugador. No se trata de suerte, sino de convicción y ésta debe ser fuerte. Con esa convicción me he acercado a usted. Si hubiera caminado hacia usted esperando probar suerte, esta conversación, probablemente, ni siquiera, hubiera iniciado –concluyó bastante confiado.

–¡Jajá! –rió mamá encantada–. Discúlpeme, pero mi esposo esta sólo a unos metros de nosotros y no es una conversación apropiada, pero gracias por la sugerencia. ¿Ve? Allí está –dijo señalándome.

Voltee rápidamente la cara para que el hombre no vea mi rostro y éste se despidió, pidiendo disculpas y saliendo inmediatamente del casino.

–¡Mamá! Pudiste haberle dicho otra cosa –repuse conmocionado.

–¿Qué mi esposo está a miles de kilómetros de distancia? –preguntó sonriente.

–No. Pero, ¿Qué hubiera pasado si veía mi cara?

–Absolutamente nada. No sería la primera mujer que se enamora de alguien menor –contestó riendo a carcajadas–. Además, el pobre ha salido corriendo. ¡Eres como veinte centímetros más alto! –exclamó manteniendo su buen humor.

–¡Jajá! Bueno. Tienes razón.

Salimos del casino cerca de las dos de la madrugada y nos encaminamos a la estación. Pero habíamos olvidado preguntar a qué

hora partía el último bus y éste nos había dejado. Por suerte, era una ciudad animada, así que no fue difícil encontrar un hotel. Entramos al primero que vimos con una fachada respetable y pedimos una habitación con dos camas, pero no había ninguna disponible; sólo quedaba un dormitorio matrimonial. Salimos a buscar otros hoteles, pero ocurría lo mismo en todos. Un hotelero nos explicó que eso pasaba todos los sábados porque una oleada de familias de las ciudades aledañas venía a divertirse. Algunas, incluso, hacían reservaciones por teléfono; pero la gran mayoría se hospedaba apenas llegaban a la ciudad, quedando solamente disponibles habitaciones para parejas nocturnas.

Tomamos el primer cuarto que pudimos y me eché a dormir en el piso con la frazada extendida debajo. Mamá se conformó con las sábanas porque la estación era templada. Sin embargo, la rigidez del suelo era más insoportable de lo que había previsto y no me dejó dormir. Deambulé, fastidiado, por todo el dormitorio mientras mamá dormía y acabé sentándome en el suelo apoyando mi espalda en el camastro.

Menos de veinte minutos después, mamá se levantó para ir al baño y me increpó que no le haya dicho nada al respecto. "¿Acaso no somos una familia?", repuso tiernamente.

–Acuéstate aquí. Sobra espacio. –dijo acomodándose en el lado derecho.

Subí a la cama bastante consternado por lo que había ocurrido la última vez, pero me repuse pensando que esa había sido una repuesta inevitable de mi cuerpo y que, sin duda, esta vez, el cansancio amainaría cualquier reacción indeseada.

–Mi amor, trae la frazada –dijo mamá, despertándome después de unos minutos–. ¿No sientes frío?

–¡Sí! –contesté advirtiendo que la temperatura había descendido drásticamente.

–Gracias, cariño. Abrígate o te vas a enfermar. Ya sabes qué difícil es conseguir medicina por aquí.

Me cobijé con el edredón y también lo hizo mamá, pero era tan pequeño que tuvimos que acortar la distancia entre ambos para que pueda cubrirnos a los dos. Al final, nos metimos en la frazada de espaldas.

Poco a poco, empecé a sentir el calor de su cuerpo estremeciendo sórdidamente mi piel. La inexorable sensación de los pocos centímetros que nos separaban se convertía, lentamente, en una angustia mórbida. Las orillas de su vestido de tafeta comenzaron a acariciar, en el ajetreo de su sueño, mis pantorrillas y, pronto, sus piernas, a rozar las mías. Una de sus manos, golpeó, por accidente, mi espalda cuando se volteaba para dormir del otro lado, y su aliento, caliente, arremetió de lleno en mis oídos. Su pecho tocó suavemente mi codo y estiré, por inercia, mi brazo, asustado, para apartarlo.

A pesar de mi pánico, no pasó mucho para que el escenario me provocara una poderosa erección. Estaba pensando en ir al baño a masturbarme y, luego, regresar a dormir; pero acabé volviendo a doblar mi brazo a fin que mi codo encuentre nuevamente el pecho de mamá e intentar pegarme. No tardé en estar completamente cerca, pero me quedé inmóvil pensando que podría despertar. De pronto, ella se volvió, dándome la espalda otra vez, mas no se había alejado; por el contrario, esta vez, sus nalgas tocaban sórdidamente las mías.

Después de unos minutos de sopesarlo, bostecé ruidosamente, a propósito, para sondear la profundidad de su sueño, y viendo que no se inmutaba, me voltee delicadamente hacia ella, sin atreverme a

pegarme. Pero, poco a poco, me atreví a acercarme hasta que mi erección reposó, por completo, en sus nalgas.

–Mi amor, ¿estás bien? –preguntó repentinamente mamá.

–Sí –contesté titubeando, completamente paralizado.

–¿Por qué te mueves tanto? –dijo susurrando.

–No estaba cómodo –repuse tratando de hacerme el desentendido.

–Está haciendo mucho frío ¿Verdad? –dijo mientras se volvía hacia mí, pero, por accidente, su mano rozó mi sexo.

–Ajá. –repuse inmóvil y prácticamente sin voz.

–¿Qué es eso? ¿Estás excitado? –dijo vacilante.

–¡No! –exclamé completamente pasmado.

–Cariño –repuso mamá –, es normal. Por qué no vas al baño y después regresar a dormir –Dijo, esta vez, un poco avergonzada.

Estaba a punto de defender mi respuesta y decirle que no entendía para qué me lo decía, pero me excitó mucho que mamá me lo pidiera.

Entré al baño y comencé a masturbarme frenéticamente; pero, mientras lo hacía, escuché que el colchón se movía. No tardé en percibir un pequeño gemido de mamá. A pesar de todo, nunca me había imaginado a mamá como mujer, pero esa sórdida sensación era rica y mi cuerpo, carente de conciencia, solo respondía mecánicamente; eso era todo. Era el lindero de la moral que había construido mi instrucción. No se puede adiestrar al cuerpo para que no se queme por el calor o el frío –pensaba–, y la rígida erección provocada por mamá, sometía completamente mi carne.

–¡Elliott! –tocó la puerta repentinamente mamá– Necesito usar el baño.

–Ya salgo –contesté inmediatamente mientras retomaba mi masturbación, pero la presión me impidió terminar. Salí del baño y la dejé entrar.

Regresé a la cama y, pronto, también, mamá. Estaba a punto de volver al baño para terminar cuando ella me preguntó si estaba mejor.

–Sí –le contesté de inmediato.

–Okay, duérmete. –dijo dando dos palmaditas en mi pierna.

Me sentía demasiado avergonzado para levantarme y me quedé en la cama tratando de dormir; pero mi volcánica erección continuaba atormentándome. Sin darme cuenta, empecé a tocar mi entrepierna y, pronto, a frotar diligentemente mi miembro. Mamá despertó y me sorprendió. No fui capaz de mirarla. Murmuré unas disculpas sin volver mi rostro; y, ella, repentinamente, sin decir nada, acarició tiernamente el brazo con el que completaba la faena y, deslizando su mano hasta mi zipper, comenzó a frotar mi entrepierna. Me quedé inmóvil y fui incapaz de retirar mi mano, que aún sujetaba mi verga, del interior del pantalón. Mamá lo frotó por encima. Gemí dos veces, me contraje, y me dio un beso en la frente.

–Duérmete –dijo con una voz descolorida, arrepentida.

Me quedé callado y, apenas, pude dormir un poco antes que el hotelero nos avisará que el primer bus para la pequeña ciudad de… partía en una hora.

Durante las siguientes semanas fuimos incapaces de hablar con la normalidad de antes. Evitábamos mirarnos demasiado tiempo a los ojos y sólo intercambiábamos las palabras necesarias.

Para el mes de abril, llegó a la pequeña ciudad de…. Rebeca, la sobrina de don Héctor, y se incorporó a trabajar al almacén. Era una joven de catorce años, pelirroja, llena de pecas y con una dicción encantadora. No demoramos mucho tiempo en hacernos buenos amigos porque, aparte de mí, todos los trabajadores pasaban los treinta años.

Empecé a pasar casi todos los fines de semana con Rebeca. Un sábado, por la mañana, la llevé a conocer aquella ciudad que aún escondía algo de diversión en ese mundo apocado. Y, aunque, tuvimos que regresar ese mismo día con el ocaso como se lo prometimos a don Héctor, la pasamos bien.

Rebeca era una chica preciosa, su figura destacaba en cualquier parte del mundo; era sólo diez centímetros más pequeña que yo, de piernas largas, piel lechosa, ojos pardos y labios carnosos; sus pechos, aunque pequeños, le granjeaban una silueta fina y distinguida como la de las princesas de la niñez que nunca llegamos a conocer. Pronto nos hicimos novios o amantes, no lo supe nunca; ella tenía un novio, en su colegio, al que siempre le estaba enviando mensajes por su móvil, incluso cuando yo tenía mis manos retozando en sus pechos.

–Becky –le dije mientras caminábamos fuera del almacén–, ven a mi casa mañana en la tarde. Tengo una película que te va gustar.

–¿Qué película? –preguntó sin mucho interés– Pensé que habías peleado con tu mamá. ¿Por fin se amistaron?

–Es una sorpresa. Pero sé que te va gustar. Es de tu tipo de películas. ¿Mamá? Sí. Nos amistamos hace mucho –le había dicho a Rebeca que me había enemistado con mamá para evitar hablar de ella. Por otro lado, había invitado a Rebeca a venir por la tarde a sabiendas que ese día mamá pasaría la tarde completa con Sophie, que la había llamado invitándola a salir.

–Hum. Ya. ¿A qué hora? –repuso mientras escribía en su móvil.

–A las tres.

Mamá salió casi a las tres y media ese día, pero afortunadamente Rebeca no apareció sino hasta las cuatro.

–Pasa –le dije recibiéndola con un beso en los labios.

–¿Tu mamá? –preguntó con una caja de chocolates en la mano.

–¡Se acaba de ir! –repuse– Tuvo una llamada inesperada, pero me pidió que te diera un beso de su parte –dije besándola apasionadamente en la boca.

–No creo que ese sea el beso que tu mamá tenía en mente –dijo sonriendo– ¿Dónde está la película?

–Esta es –contesté mostrándole el DVD.

–No puede ser ¡Me encanta! –contestó fascinada– En realidad, ya la he visto, pero por eso sé que me encanta –dijo feliz.

Fuimos hasta mi cuarto porque no teníamos televisión en la sala y nos acomodamos en la cama.

–Mira. Te tengo un regalo –dije intentando ser tierno– Sé que esta es tu última semana en esta ciudad, y no quiero que me olvides. Iré a buscarte en unos meses como te he prometido; por eso te compré esta bufanda, para que me tengas cerca a tus labios todos los días.

–¡Gracias! –contestó con una sonrisa sin decir nada más.

–Me acerqué para besarla. Acaricie sus pechos y sus brazos. Y, poco a poco, introduje mis manos bajo su ropa y conduje su mano a mi entrepierna. Saqué mi verga para que la frote y dirigí mis labios a su cuello. Pero, de pronto, ella se detuvo y me pidió que me masturbe

frente a ella. Me negué a hacerlo, y ella me prometió que me lo chuparía rico si lo hago. Se sentó a un lado de la cama. Desnudó su torso y comenzó a acariciar sus senos mientras me miraba haciéndolo. Frotaba mi sexo despacio evitando generar demasiada fricción para no eyacular prematuramente. Después de unos minutos, ella se acercó y comenzó a chupármelo hábilmente. Lo hacía bien tan rico que no aguanté más para penetrarla. Me abalancé sobre ella e intenté quitarle la ropa.

–¡No!, Elliott. Eso no. Quiero entregarme a mi novio –repuso, de repente, como si lo que hacíamos no fuera, también, una entrega sexual.

–Pero Becky… –intenté convencerla con dulces palabras.

–No, Elliott. No lo arruines. Sentenció con ademán de irse.

–Está bien. Sabes que te quiero y voy a demostrarte que es verdad –dije resignado después de haber insistido repetidamente– .La abracé, me tragué el enojo y volví a poner mi miembro en su boca. Ella lo succionó hasta que eyaculé adentro y escupió el semen que no había tragado en mi vientre.

–¡Eres un pendejo! ¡Por qué no me avisaste! –repuso corriendo al baño.

A pesar que había conseguido eyacular, me quedé completamente frustrado. No volví a prestarle demasiado interés a Rebeca que, durante el resto de la semana, me imprecó que sólo la había utilizado.

La noche que volvía a su ciudad aún me miraba con recelo, pero me despedí recordándole que me escriba, aparentando interés.

Con el tiempo, mamá y yo volvimos a hablar como antes y el incidente de esa noche sólo parecía uno de esos sueños que nadie quiere contar.

Una noche de vuelta del trabajo, encontré a Mamá cenando con Melanie, Sophie y otra mujer de treinta años de nombre Mara.

–¡Tú mamá cocina mejor que yo! –dijo Sophie con una sorprendente familiaridad, cuando sólo hace unos meses se refería a mamá como *Madame Anne*.

–Ha tenido bastante práctica –repuse sin salir del asombro. ¿Están celebrando algo?

–La amistad –contestó Melanie alegremente.

–Elliott –dijo mamá–, ¿Recuerdas que salí el sábado en la tarde después que me llamó Sophie? –Era el cumpleaños de Mara, su amiga, que, además, resultó ser tía de Melanie. Esa tarde tuvimos tiempo de conocernos mejor.

–Pensé que *Madame Anne* necesitaba divertirse –me dijo Sophie sonriendo.

–Bueno…–repuse esbozando una sonrisa– Me voy a mi cuarto. Estoy muerto.

A partir de ese momento, venían a visitar frecuénteme a mamá o ella salía. De alguna manera, eso me tranquilizaba porque desde que habíamos venido a la pequeña ciudad de..., mamá se había recluido, sin vida social, en la casa.

Quién más venía a la casa era Melanie. La encontraba cenando o tomando algo con mamá dos o tres veces a la semana y siempre me miraba descaradamente de pies a cabeza.

–¿Cómo está el gordo? –le pregunté un día cansado de sus coqueteos.

–No sé. No he sabido nada de él desde tu cumpleaños en la discoteca –replicó malhumorada.

–Elliott, prueba este cóctel. Lo ha preparado Melanie. –dijo mamá, de pronto, entregándome una pequeña copa.

–Está rico. –dije sin percatarme que eso sólo le daría alas a Melanie.

–En fin, chicos, me voy a descansar –repuso mamá. –mi turno comienza a las tres de la mañana y si no duermo ahora, no me voy a despertar a tiempo.

–Al menos, déjeme terminar de lavar los platos –contestó Melanie, diligente.

–¡Claro que no! –Yo lo hago mañana.

–No. Usted lo hace siempre. Cuando termino le aviso a Elliott para que asegure la puerta.

–Está bien –dijo mamá –sin energías para persuadirla– ¡Gracias!

Me fui a mi cuarto llevándome lo que quedaba del coctel para tomarlo mirando televisión y unos minutos después entró Melanie sin tocar la puerta.

–¡Qué bueno que te haya gustado, Elliott! Pero esa es la única jarra que falta lavar –dijo coquetamente.

Me bebí lo que quedaba de un porrazo y se la entregué. Regresó de la cocina un minuto después para avisarme que se iba; mas cuando intenté pararme sentí un ligero mareo.

–¡Jajá! –rió Melanie. No es para menos. Si te lo has tomado de un tiro.

–Tienes razón –dije riendo con ella– mientras me volvía a sentar.

–¿Estás bien? –me preguntó– ¿Quieres que te traiga algo?

–No. No es nada.

–¿En serio? –repuso ella dramatizando el asunto mientras se sentaba a mi lado.

–Ajá –murmuré perturbado porque si, bien es cierto, Melanie no podía compararse a su prima y mucho menos a Rebeca. No era una chica fea. Era blanca, rubia, con unos gramos de más, pero unos pechos que fácilmente compensaba cualquier desventaja. Sin duda, era una mujer con la que cualquier hombre querría tener una aventura.

La reciente decepción con Rebeca todavía me conturbaba y, a pesar de las carencias de Melanie, verla sola en mi cuarto con la blusa entallada y los jeans ajustados, despertó la ansiedad rijosa que había tenido que reprimir con Becky.

–Estaba rico el coctel –repuse.

–Sí. Puedo ver que te ha gustado –contestó contenta.

–¡Jajá! Sí. Pero me ha acalorado. Qué lástima que sea miércoles.

–¡Quieres seguir tomando!

–No. No lo digo por eso; sino porque, a pesar de que no nos vemos hace mucho, no hemos tenido tiempo de conversar.

–¿En serio?

–Sí.

–Sabes. Siempre creí que no te agradaba. Nunca me has mirado amigablemente.

–¡Jajá! No es eso. Siempre he sido una persona seria. Es un vestigio de mi timidez.

–¿Eres tímido?

–No. Pero lo era antes de mudarme.

–¡Qué raro! Te veías bastante simpático con mi prima y, contrariamente, huraño conmigo. ¿No será una seriedad selectiva? –dijo suspicazmente.

–La verdad es que, en ese entonces, envidiaba al gordo –contesté desviando la mirada para fingir embarazo–. Estabas increíblemente preciosa. Y, esa noche, terminé discutiendo con James por eso. Me molestó que no te apreciara.

–¿En serio? No sabía nada de eso –repuso sentándose a mi lado.

–Sí. –contesté mirándola a los ojos.

–Gracias por decirme la verdad –dijo sonriendo– Siempre me has gustado, Elliott –agregó tornando seria su expresión.

–No bromees conmigo. –contesté fingiendo sorpresa.

–No bromeo –replicó mirándome a los ojos.

La miré con la misma seriedad e hice ademán de acercarme para besarla cuando, repentinamente, ella tomó mi rostro y me dio un beso pequeño en los labios al que, de inmediato, continuó uno calurosamente prolongado. La tomé por la cintura mientras nuestras lenguas se entrelazaban y la recosté en la cama, encaramándome encima.

Nuestros besos desbordaban nuestras bocas mientras, sin ninguna réplica, acometía victoriosamente sus pechos tratando desesperadamente de burlar su blusa metiendo mis dedos entre sus botones. Melanie los soltó por mí y, también, el cierre de su sostén. Empujó mi cabeza hacia sus maravillosos pechos que succioné sin freno. Chupé sus pezones delicada y alternadamente ensalivando sus contornos con mi lengua mientras acariciaba, acaloradamente el resto de su cuerpo. Rocé mi sexo con el suyo mientras nos sacábamos la ropa. Melanie besó mi cuello y jugueteó con su aliento en mi oreja.

Coloqué mi erección en sus labios, sin atreverme a decir nada, y ella lo introdujo en su boca sin demora. Lo chupó diligentemente, sin pausa, ejerciendo presión con sus labios y salivándolo regularmente; mi miembro resbalaba ruidosamente en su boca mientras sus manos se hundían enérgicamente en mis muslos y abdomen. Quería continuar así toda la noche; era una mamada increíble, incluso olvidé que Rebeca me había producido frustración por no querer satisfacerme de otra manera. Pero, de pronto, Melanie me despertó de ese mundo prodigioso –¿Tienes condón?– Me preguntó casi susurrando. –No– repuse ansioso. –No importa– replicó ella. –acaba afuera. Se deshizo de su ropa interior y se sentó diestramente encima moviéndose en círculos mientras sus senos rebotaban libremente. Era la primera vez que mi erección alcanzaba su propósito. Sentía mi miembro amalgamarse con el calor y la humedad de su sexo que recorría deliciosamente los contornos de mi glande ansioso por explorar, sin pausa, la profundidad acuosa que, por primera vez alcanzaba. Melanie recogió mis manos del colchón y las colocó en sus pechos sin detener su apresurado galope; su sudor resbalaba mórbidamente hacia mi abdomen desapareciendo en el camino. Deslicé mis manos por todo su cuerpo impregnándolas del calor de cada rincón de su piel y rápidamente regresé, arrastrando mis manos, a sus enormes pechos que apretaba consistentemente.

Melanie, de pronto, se levantó y, sin abandonar la cama, tomó mi antebrazo para levantarme y se arrodilló tentándome con sus nalgas. La penetré desde atrás estirando mis brazos para alcanzar sus pechos y ella empezó a asirse fuertemente de las sábanas gimiendo ligeramente. Aumenté el ritmo rindiéndome en el esfuerzo de contenerme y ella, retirando el cabello que cubría su espalda, me pidió que la besara. Lo hice sin dejar de apretar sus robustos pechos que desbordaban sensualmente mis manos. Me introduje en ella cada vez más fuertemente sin miedo de que pueda despertar a mamá. Sintiendo que no podía más, le avisé estrepitosamente que me venía. Melanie se separó de mí y se abalanzó a corrérmela hábilmente con la mano hasta que sus pechos se llenaron de leche caliente.

–¿Qué somos, Elliott? –dijo, finalmente, después de un largo silencio.

–Amantes –repuse coquetamente para sondear su reacción.

–¡Ya pues! Lo digo en serio.

–Novios, por supuesto. Es decir, si tú me aceptas –repuse sin otra elección mientras pensaba que no era tan mala alternativa porque no sólo evitaría un conflicto con Melanie sino que disfrutaría de sexo estable.

–¿En serio? –dijo contenta.

–Sí –repuse abrazándola–. Melanie, no quiero arriesgarme a que mamá se levante. Cámbiate –agregué con alguna ternura.

–Tienes razón. Es tarde –contestó retirándose al baño con su ropa.

Nos despedimos con un beso y le rogué que no le cuente a mamá de nuestro reciente enamoramiento para no levantar ninguna sospecha porque es difícil creer que dos personas que casi no hablan puedan

tener algo serio. Ella asintió y durante las siguientes semanas lo mantuvimos en secreto hasta que después de haber tenido que salir, a mi pesar, con ella en diversas ocasiones, le contó a mamá que acabábamos de iniciar una relación sentimental.

–Pensé que Melanie te parecía gorda –dijo mamá una noche.

–Me lo sigue pareciendo –contesté riendo.

–No juegues con ella. Es buena persona. –mejor termínala.

–No puedo ser tan cruel. Además no juego con ella. ¿Acaso la engaño con alguien?

–No –dijo mamá después de un corto silencio–, pero esa no es la única razón por la que un hombre juega con una mujer.

–Mamá, no quiero hablar de eso –sentencie con una mueca displicente–. ¿Ha llamado papá?

–No. –respondió entristeciendo repentinamente.

La abracé tiernamente convenciéndola de que papá está bien, que llamará pronto y que volveremos a ser la familia de antes –aunque, pronto, iré a la universidad así que sólo serán ustedes dos, concluí optimistamente–

El sexo con Melanie, desde entonces, fue ininterrumpido, pero siempre buscaba excusas para no verla si no necesitaba mitigar mi naturaleza; por otro lado, ella continuaba visitándonos, aunque mamá nunca dormía si Melanie no se iba primero. A pesar de que nos daba alguna libertad para ver televisión juntos en mi habitación, era imposible usar mi cuarto para tener sexo. Por suerte, eso no era un problema porque Melanie vivía sólo con su abuela y Mara, su tía, quienes casi nunca estaban en casa porque pasaban muchos días de la semana en el campo para cautelar de cerca la explotación de sus

chacras; incluso Melanie, a veces, se retiraba al campo durante días completos por exigencia de su abuela.

Una tarde, el almacén nos dio el resto del día libre porque Don Héctor había obtenido una gran ganancia en el casino y esa era su manera de agradecer su suerte. Regresé rápidamente a casa con ganas de acabar el libro que, unos días atrás, había empezado a leer. Y entré sin avisar. Pero mientras subía las escaleras escuché a mamá quejándose en su alcoba, me apresuré a su cuarto temiendo que estuviera sufriendo alguna crisis a causa de papá, pero, mientras me acercaba, los quejidos se convirtieron en gemidos acompañados de claras palabras eróticas. Me detuve, paralizado, al lado de la puerta, pero no había otra voz aparte de la de mamá quien proclamaba completamente enajenada su excitación describiendo los pormenores de su cuerpo y lo que deseaba de la persona con quien aparentemente hablaba. Me quedé escuchando gran parte de la conversación de mamá que sólo podía ocurrir por teléfono o por su computadora, y, a pesar de todas las contrariedades que suponía, empecé a recodar con todos los pormenores el episodio en la ciudad que guarece el casino, generándome una descomunal excitación que venció todo convencimiento de su inmoralidad. Me baje los pantalones y comencé a masturbarme frenéticamente mientras mamá gemía en el interior de su cuarto pensando en que sus hermosas y delicadas manos tocaron, aunque sea solo encima de la ropa, mi erección; que en ese momento mamá se propuso hacerme eyacular; que, por un momento, mi miembro frotó sus nalgas, y que, tal vez, ella estaba consciente de eso siendo una farsa que tocara mi erección por accidente cuando volteaba; y que me interrumpió, a propósito, en el baño porque quería que me corra junto a ella. Pensaba todo eso mientras imaginaba que me dirigía a mí todas esas palabras que le demandaban a alguien que se corra, que acabe en ella y que piense en sus pechos; lo que acompañaba, en todo momento, con desequilibrantes gemidos. Me corrí antes de que mamá

acabara su conversación, me dirigí despacio al baño, me limpié y salí de la casa completamente aturdido.

Terminé sentado en el parque adornado por el monumento de la mujer de piedra, recordando nuestra relación de ese entonces. No quería creer lo que había sucedido en el hotel ni lo que acababa de hacer en casa. Empecé a maldecir ese pueblo y su escasa existencia como las desventuras que nos habían empujado a confinarnos en él. También maldije todos los libros que había leído que, de alguna u otra manera, justificaban con su inherente indomabilidad que la inmoralidad sólo ocurre cuando nos negamos el placer; pareciéndome, de pronto que el hedonismo es la única moral que necesitamos; después de todo, todos los actos de mi vida eran propalados por el placer: la lectura, la amistad, el amor, la comida, el sexo… ¿Acaso la estirpe de Adán no pobló la tierra copulando entre ellos? Sin duda, todos somos parientes. Un devoto informado no puede pensar otra cosa a pesar que, después, la propia biblia le prohíba al varón descubrir la desnudez de su pariente más próxima; pero todas las prohibiciones existentes se confeccionaron culturalmente: las que profesan las culturas religiosas, las culturas morales y las culturas jurídicas. La moral no tenía un soporte natural, más bien, resultaba que la cultura implantaba la repulsión al incesto en la naturaleza del hombre y no al contrario. Esta aversión no era natural sino cultural, y la cultura siempre es arbitraria. Si bien, concebir un hijo incestuosamente comporta un riesgo eugenésico, la relación erótica y copulativa solo provoca el desprecio social. Pero ¿es razonable despreciar a dos personas por necesitarse el uno al otro en la forma que sea? Si la cultura cambia a cada momento, si las sociedades se mueven y las ideas se transforman, entonces la moral se sustancia en valores arbitrarios que pueden ser unos u otros. ¿Por qué no puedo disfrutar de este placer libremente, como sucedió en el génesis y como sucederá nuevamente cuando la siempre arbitraria

cultura cambie sus valores? ¿Tengo que desistir solamente porque los demás me repudiarán?

Tales eran las elucubraciones que me trastornaban. Por eso me repugnaba todo. La ignorancia siempre es mejor compañera, porque sin recursos no podemos pensar y sin pensamientos nos convertimos en autómatas librándonos de la responsabilidad de elegir. Y yo, no quería tener la libertad de elegir, quería ser arrastrado por todos, porque eso me aseguraba su respaldo. Me asustaba estar solo; pero era tarde y, equivocado o no, por más que le daba vueltas, no podía evitar pensar que no existía una justificación para esa prohibición. Sin embargo, a pesar de todo, me propuse enterrar mis conclusiones.

–Hola, señora. ¿Está Melanie? –pregunté parado en el umbral de su casa. Había decidido buscar a mi novia; esta vez, sin ninguna motivación egoísta. Necesitaba vivir como cualquier chico de mi edad. Quería caminar con ella por el pequeño *mall*, comer unas empanadas mientras escuchaba los pormenores de su día, oírla hablarme de su relación filial de la única manera en que debe hacerse, necesitaba que tome mi mano y besé cálidamente mis labios, quería retornar al mundo y ella parecía haber aparecido mágicamente para rescatarme de mi cautiva mente.

–No, Elliott. Salió con Mara, pero llámala a su móvil –me contestó de prisa, su abuela.

No llamé a Melanie. Caminé por los alrededores hasta cerca de las ocho de la noche. Fui a comer algo y, todavía mortificado, marché a casa.

No encontré a mamá, pero si una nota en la mesa, escrita con su letra, que decía que había salido con Melanie y Mara a la ciudad del casino.

Me dirigí a mi cuarto con la esperanza de dormir, pero estar solo en casa no me ayudó mucho. Los gemidos de mamá todavía resonaban como si su eco se hubiera quedado atrapado en las paredes. Y, a pesar, que intentaba deshacerme de ellos, acabé enfermándome por la curiosidad de saber con quién hablaba. Pronto, la ansiedad me empujó al cuarto de mamá, pero no encontré nada inusual.

Estaba a punto de retirarme cuando vi una de las luces de su laptop parpadear. Recordé que pudo haberla usado para hablar y la encendí; aunque sin conocer sus contraseñas a las redes sociales, no esperaba mucho. Como lo había previsto, no tenía acceso. Cliqué apagar, pero el equipo inmediatamente emitió un mensaje: ¿Está seguro que desea cerrar forzosamente la aplicación *givelove?*, seguida de un pequeño micrófono.

Me quede paralizado. Lo primero que se me ocurrió era que mamá trabajaba como operadora erótica. Sin embargo, también, recordé que ,en más de una ocasión, había encontrado a mamá trabajando como verdadera operadora de la empresa transnacional narrando instrucciones a usuarios por teléfono sobre el manejo de su aparato. ¿Acaso tenía dos trabajos?

Revisé exhaustivamente la casa, pero sólo pude encontrar instructivos, contratos renovados y manuales remitidos por la transnacional sin poder aclarar mis dudas hasta que, resignado, me dirigí a mi alcoba.

–¿Aló? –dije contestando, fastidiado, el teléfono de la casa que, repentinamente, había empezado a sonar.

–¿Elliott? –repuso una voz familiar.

–¿Papá? –interrogué conmocionado.

–Pásame a tu mamá. No me contesta el móvil. –dijo sin sentimentalismos.

–Salió con unas amigas. ¿Papá, cómo estás? ¿Qué está pasando? –dije abatido.

–Elliott, hablamos después –contestó de inmediato mientras una voz más grave lo llamaba–

La extraña llamada hizo que olvidara mi angustia. Fui a la cocina a buscar agua antes de irme a la cama cuando mamá llegó.

–¿Qué haces despierto tan tarde? –preguntó alegremente.

–Tenía sed y bajé por un vaso de agua –contesté abrumado.

–Como sea ¡Qué bueno que estás despierto! Te tengo buenas noticias.

–¿Qué ocurre? –pregunté sin interés.

–Adivina con quien hablé en la tarde.

–¿Melanie?

–No. Intenta de nuevo, cariño.

–¿Papá? –contesté apenas supuse que no era la primera vez que llamaba y que la conversación que mamá sostenía en la tarde pudo haberla entablado con él.

–Sí. ¿Cómo sabías?

–Acaba de llamar.

–¿En serio? ¿Qué dijo?

–Nada. Sólo preguntó por ti. Cuando contesté que no estabas, colgó.

–Entiendo –replicó como si eso significara algo para ella–. Seguramente estaba apurado. Pero, Elliott ¿No estás contento de saber que está bien? Además, hay algo que aún no te he dicho. Es probable que pronto podamos estar todos juntos otra vez –agregó entusiasmadamente mientras acariciaba mi mejilla.

La noticia apartó, repentinamente, mis angustias. Y, aunque me aterrorizaba tener que volver a mirar a papá por las cosas que ocurrieron en su ausencia; me calmaba, un poco, el hecho de saber que no era mi padre biológico. El único escarnio hacia él era de deslealtad, como el que surge cuando traicionas a tu mejor amigo, pero no de degradación. Si alguna abominación podía ser juzgada, sólo era respecto a mamá.

–Entonces, por fin, podremos continuar nuestras vidas –dije con notoria esperanza.

–Sí mi amor –contestó mamá abrazándome tiernamente.

–¿Cuándo podemos irnos? –repuse limpiando mis sudorosas manos en mis pantalones.

–Tenemos que esperar la llamada de tu papá, pero me ha asegurado que las cosas se han arreglado.

–¿Acabó el juicio?

–Sí. Fue absuelto de todo.

–¿Y las amenazas de muerte?

–Han apresado al hombre que intentaba matarlo.

Cuando escuché eso la pequeña esperanza que renuentemente aceptaba hace un momento se convirtió en un ineludible mañana, y,

por primera vez, desde los paseos en el misterioso otoño de Hampstead me sentí feliz.

No pude dormir esa noche por el entusiasmo. Comencé a navegar en internet y después de descubrir que *givelove* era una aplicación de karaoke, me enfrasqué en la tarea de buscar una carrera profesional. Quería estudiar antropología o neuropsicología porque siempre había pensado que los dos misterios más grandes de la vida son el universo y el hombre, pero no me sentía apto para conseguir algo importante estudiando el universo. No era ni lejanamente como ninguno de los cuatro físicos más destacados de la historia y tampoco parecía servir para astrónomo o cosmólogo.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, le comuniqué a mamá mi decisión. Se alegró mucho porque el abuelo también se había graduado en esa especialidad; y me dijo, acariciando mi mejilla, que la carrera que era digna de mí.

Pasamos muchas semanas soñando con Hampstead; prometiéndoles a nuestros pocos amigos que volveríamos a visitarnos. Con el tiempo, también, se lo confesé a Melanie, que, pese, a saber de antemano que un día tendríamos que irnos, no pudo contener sus lágrimas. Pero, nos prometimos disfrutar juntos mis últimos días en la pequeña ciudad de…

Vivíamos expectantes de aquel día sin, siquiera, tener idea de cuando regresaríamos: ese pronto, ese finalmente, esa llamada repentina, era lo único que necesitábamos para soñar, para imaginarnos corriendo otra vez en la verde colina de Hampstead, encontrándonos con nuestros amigos y volviendo a la vida; aunque pronto no significara nada, aunque finalmente no demarcara un fin y esa llamada aún nos mantuviera en la pequeña ciudad de… éramos, como es cualquiera que recobra la esperanza, felices.

CAPITULO V: Amor y odio.

El mes de julio de ese año, por orden de papá, recibimos en casa al Sr. Debai, un hombre hindú de casi cincuenta años, alto, de bigote estrecho y cabello engomado. Cargaba una maleta con las iniciales de papá que reconocimos inmediatamente. Preparamos una cama en la biblioteca y añadimos un plato más a la mesa.

Serio, lacónico, circunspecto… Casi nunca respondía nuestras preguntas limitándose a persuadirnos de hacérselas a papá. No salía de casa por voluntad propia y cuando lo hacía no demoraba más de unos minutos horas en regresar.

Mamá mantenía prolongadas discusiones con papá por teléfono reclamándole la presencia del Sr. Debai, nuestro dilatado retorno a Hampstead y la suspensión de los depósitos bancarios que hacían más falta que nunca, no sólo porque nos había persuadido a abandonar nuestros trabajos, sino porque había aumentado el peso de nuestra mesa.

Era extrañamente tranquilizador oír discutir a papá y mamá porque, a pesar de todo, avivaba la presencia de papá nuevamente; sin embargo, la extraña presencia del Sr. Debai nos enfermaba. Sobre todo, porque, cada día, alrededor de las seis de la tarde, rodeaba nerviosamente la sala y se sentaba al lado de la ventaba a mirar casi mórbidamente a los peatones.

Pronto los abonos de papá se restablecieron, y, aunque habían disminuido drásticamente casi se equiparaban a los ingresos que conseguíamos con nuestro trabajo.

En dos meses, el Sr. Debai no había cambiado ni un poco, su perturbadora circunspección continuaba intacta; no podía decirse que nos aborrecía, pero mucho menos que nos guardara dilección. Se sentaba durante horas en la sala, cerca de la puerta, cerca de la ventana y cerca de la calle, como un niño castigado que mira con nostalgia la avenida.

A veces, se levantaba sobresaltado a media noche, exaltado por cualquier ruido, como si recuerdos de niñez lo sobrecogieran de pronto y gritaba en hindi, en inglés y en francés para asegurarse que sus fantasmas lo escucharan.

Mamá se hartó finalmente de esa situación y amenazó a papá con abandonar la casa y partir a Hampstead por nuestra cuenta.

–Le debo mucho a Alan –dijo papá–. No le puedo hacer eso.

–Sebastián, si quieres que él se quede, no me opondré; sólo déjanos regresar a Hampstead.

–Ana, sabes que eso es imprudente ahora. Necesitamos esperar. Sólo dos meses más. Si nada ocurre, iré a recogerlos en persona. La calma después de la tormenta suele ser la peor. Tenemos que estar seguros que acabó. Entiende eso.

–Está bien –contestó mamá enfurecida–. Pero quiero que ese hombre se largue o nos iremos a un hotel o a cualquier otro lado. Me pone nerviosa. No lo soporto. No me importa si tiene que dormir en la calle. Le daré dinero, pero que se largue. –sentenció furibunda.

–Cálmate…

– ¡No! Si no se va, nos largamos.

–Bien, Ana. Hablaré con él –dijo papá antes de colgar bruscamente el teléfono.

Tres días después, El Sr. Debai se había marchado sin aviso ni agradecimiento. Simplemente se fue, como un mosco que, después de revolotear alrededor, desparece misteriosamente.

Esa noche mamá y yo celebramos; no sé si por qué estábamos tan contentos de que ese aterrador hombre se haya largado o por qué encontramos una buena justificación para recordarnos que estábamos vivos. Destapamos un champagne y nos burlamos de las gesticulaciones, aposturas y costumbres del Sr. Debai, preguntándonos si era posible que aquel crudo semblante se hubiera emocionado alguna vez.

Mamá había recuperado su radiante entusiasmo. Se puso un vestido crema, de escote redondo, que se deslizaba sublimemente desde sus hombros hasta un poco más abajo de sus rodillas resaltando su inquietante figura natural. Su expresión estaba encendida de vitalidad, de antojo por la vida y de una sensualidad incontenible que se traslucía en su sonrisa, la tersura de sus brazos descubiertos y las pequeñas pecas coloreadas en su cutis. Sus tacones hacían pequeños estrépitos que resonaban mágicamente, como si en medio del salón real anunciaran, ante el espasmo de la multitud, la aparición de la princesa.

–¡Vamos a bailar! –dijo mamá después de que acabamos media botella de champagne.

La canción era un rock ligero. Me paré intentando igualar su entusiasmo, pero mis movimientos siempre habían sido torpes y esa noche no parecía diferente. En cambio, mamá era una excelente bailarina, escalaba y descendía de cada nota con completa naturalidad, sin perder su finura, y yo la miraba absorto y contento porque era hermosa y feliz.

–Cariño, tienes que aprender a bailar un día. –dijo, de pronto, sacándome del trance.

–Lo intento, mamá; pero sabes que no soy bueno.

–¡Hoy vas aprender! –exclamó sonriendo.

–¿Me enseñarás? –repuse engriéndome un poco.

–Claro, mi vida. A ver. Aprendemos más fácilmente cuando aprendemos algo que nos gusta; así que dime ¿Qué ritmo te interesa?

–En general, me gusta la música electrónica, techno, trance, psy trance, house…, aunque también la salsa. A veces, James la bailaba y parecía divertido. Pero, terminemos esta canción. El rock parece lo más fácil.

–¿Salsa? –dijo mamá sorprendida, como si fuera lo único que recordara de todo lo que dije. Subió a su alcoba y regresó con un disco de "salsa de oro". No era la salsa que había visto bailar a James, pero el ritmo era igual de vivaracho.

–¿Puedes bailar esto? –pregunté cautivado.

–Cuando era estudiante de intercambio en Sudamérica, también me divertía, cariño. ¡Vamos! ¡Ven! Toma mi mano derecha con tu mano izquierda y con la otra coge mi cintura.

La frente de mamá estaba a la altura de mi boca. Sentía la delicadez de su mano acariciar la mía; y su cintura, atrapada en mi mano derecha, me provocaba traspasar sus confines y aventurarme a los caminos sinuosos que aguardaban un poco más abajo.

El baile no era ágil. Golpeaba torpemente los pies de mamá y, más de una vez, me hizo comenzar de nuevo hasta que, un poco confundido, golpee su brazo con mi mano mientras daba una vuelta. Pero, en vez de que mamá recrimine mi torpeza o me advierta que tenga más cuidado, reía efusivamente. No quería estropear su buen

humor con disculpas superficiales y continúe intentando ejecutar sus instrucciones.

–Muy bien, cariño. Estás mejorando –dijo burlonamente mientras llenaba nuestras copas de un vino semiseco que acababa de abrir.

La bebí rápidamente y le extendí mi mano invitándola a bailar. Mamá vació su copa y se levantó tomando mi mano, pero casi resbala y la tuve que ayudar a mantener el equilibrio. Reímos, y esta vez fui yo quien tomó la iniciativa. Tomé su cintura y estiré su brazo. Me moví de lado, en diagonal y de atrás adelante. Continuaba bailando mal, completamente descoordinado, pero no importaba, lo disfrutaba. Mamá trató de animarme diciendo: "Qué bien baila el galán", pero al mismo tiempo fue retomando la dirección del ritmo. Mientras terminaba una vuelta y me volvía hacía mamá, rocé accidentalmente su tobillo provocando que pierda estabilidad. Hizo ademán de caer, pero hábilmente retrocedió una pierna intentando recuperar el equilibrio y eso me dio tiempo de tomarla por la cintura para evitar que se caiga; sin embargo, mientras la enderezaba resbaló empujándome hacía atrás. Yo terminé sentado en el mueble que estaba detrás mío y mamá, encima de mí. En ese ajetreo, mis manos habían descendido, inevitablemente, hasta su culo y sus pechos aplastaban mi cara.

Mamá reía efusivamente mientras se levantaba. Se sirvió otra copa de vino y, sin perder el entusiasmo, me dijo que había caído con mucho ritmo.

–Sin embargo, tiene que haber algo que puedas bailar –agregó burlonamente– ¿En el club sólo te sentabas a tomar? –preguntó entre risas y sorbos de vino.

–No. Pero en la discoteca bailar es un poco más sencillo. Además, últimamente, sólo se baila reggaetón, que es lo más fácil del mundo.

– ¿Reggaetón? ¿Te gusta?

–Sí…

–Amor, te dije que teníamos que empezar por lo que te gusta –dijo tiernamente y sintonizó una estación de radio que sólo transmitía reggaetón– ¡Vamos a bailar! –dijo vaciando su copa.

Mamá empezó a bailar frente a mí. Se movía de lado a lado, sacudiendo las caderas y ondeando los brazos. Yo bailaba de la misma manera, aunque sin gracia.

–¡Qué fácil! –dijo de pronto, mamá– Sólo lo he visto en televisión una vez y es muy fácil. ¡Pero tú sigues igual de rígido! –agregó riendo–.

–Jajá… –reí.

Mamá era, en verdad, talentosa. Bailaba prodigiosamente. No importaba la música. Se veía sensual mientras lo hacía. Imitaba perfectamente todas las notas con su cuerpo. Era rico verla. Sin embargo, no me sentía libre bailando reggaetón con mamá. Ella sintió mi falta de entusiasmo y, de pronto, se dio la vuelta. Su culo se movía ágilmente frente a mí. Verla era una visión extremadamente erótica. En el clímax de la canción mamá llevaba casi un minuto volteada, sin decir nada, sin reír, sin respirar… Me atreví a acercarme un poco asegurándome de advertir cualquier incomodidad, pero no encontré ninguna. Continúe hasta tomarla de la cintura y, poco a poco, fingiendo tropezar, rocé mi sexo por sus nalgas, hasta que pude pegarme por completo. Ella continuó bailando sin apartarse. Se inclinó un poco hacia delante incrustando su culo en mi sexo. "He visto a las chicas bailar así", dijo súbitamente con embriaguez en su aliento. Me pegué más a su culo, sin titubear. Quería decirle que me la ponía más dura. De pronto, la música aceleró. "Esto es así. ¿No?", dijo moviendo su culo de adelante atrás rápidamente. Había olvidado todos mis

cuestionamientos anteriores, la embriaguez adormecía deliciosamente mi moral. Tomé impulso y empecé a dirigir mi pelvis hacia adelante repetidamente. Frotaba mi pene en sus nalgas. Era rico. Quería sacarlo de mi pantalón y subir su falda; pero me contuve. Olvidé su cintura. Acariciaba su cadera y sus muslos vigorosamente. Pero, a pesar de eso, ella continuaba bailando con naturalidad, como si aceptara mi erección pero, al mismo tiempo, no aceptara haberla provocado.

–¡Guau! –me has hecho sudar, cariño–, dijo de pronto. Necesito una ducha y tú necesitas ir al baño. –repuso mirando directamente mi erección.

No podía creer que sucedía lo mismo que aquella vez. Me sentí frustrado, avergonzado, enojado... No dije nada y me fui a mi cuarto.

Me masturbé desesperadamente y me eché a dormir tan pronto eyaculé.

Alrededor de una hora después, me despertó la musicalidad del clarinete de mamá. A pesar que ella tocaba mucho en Hampstread, no lo había usado en la pequeña ciudad de… Escucharla rememoraba muchos episodios de nuestra anterior vida. Papá sólo tocaba la guitarra, y lo hacía mal; pero nosotros habíamos tenido siempre una especie de conexión que concordaba en todos los actos que emprendíamos juntos. Solíamos tocar cuando estábamos felices, cuando estábamos tristes y cuando se nos antojaba. La primera composición que esgrimimos a la par fue el aria de Bach. Estábamos encantados. Yo hacía la armonía en el piano sin mucha destreza y ella conjugaba preciosamente la melodía sin detenerse a esperarme; no para dejarme atrás, sino para llevarme con ella a ese mundo de sueños.

Bajaba a estar a su lado cuando una singular melodía brotó de su clarinete. Jamás la había escuchado improvisar. Pero lo hacía maravillosamente. Me senté a su lado en silencio. Mirándola. Era una

melodía nostálgica, pero no triste. Conjugaba muchas emociones, y prevalecía la tranquilidad. Las primeras notas desencadenaban una tormenta que ella apaciguaba dulcemente.

Una lágrima resbalaba por su mejilla mientras acababa y brillaba mágicamente por la única lámpara que permanecía encendida. No dije, nada. Le quite el clarinete y la abrasé fuertemente. Ella acarició mis cabellos con mucha ternura. Nos quedamos en silencio por casi diez minutos. Me dio un beso en la frente y me dijo que era hora de acostarse. Sonreí y le contesté que era tarde, pero que no tenía sueño.

–¿Has ido al baño? –Me preguntó, de pronto.

–No. ¿Y tú te duchaste?

–Tampoco –repuso sonriendo con holgura–

Nos quedamos en silencio un rato. Yo tenía la mirada agachada, y ella miraba el techo. De repente, empezó a tararear el aria de Bach que nos había unido tanto por primera vez. Era delicioso verla entonarlo. Su voz era conmovedora, apasionada, voluptuosa… Me quede escuchándola callado mientras miraba el precioso cuadro. No sólo mamá era bella. Todo sobre ella lo era. Me sentía privilegiado. Su presencia y un poco de luz para contemplarla era todo lo que me hacía feliz. Acabó de cantar y se volvió hacía mí esbozando una sonrisa. No se nos antojaba decir nada. El silencio era perfecto.

Sin darme cuenta mi pene se había endurecido excitado por el cuadro, y yo movía las piernas, inquieto por la erección. Mamá lo supo sin necesidad de mirar mi entrepierna. Puso su mano en mi muslo y lo frotó llegando a tocar con las puntas de sus dedos mi sexo endurecido. Mamá me miraba, excitada, sensual. Se sentía rico. Me senté más cerca y su mano quedó completamente encima de mi erección. La frotaba sin masturbarme, sintiendo su rigidez con su mano. Me miraba,

consternada, apasionada… Entrecerró sus ojos y metió su mano bajo mi pantalón. Acariciaba mi pene como si lo explorara, solamente sintiendo su tacto. Pero empecé a gemir ligeramente por la excitación y, ella, a masturbarme. Sentía el calor de su mano subiendo y bajando por mi pene, endureciéndolo. Abrió la bragueta y lo sacó afuera. Lo masturbaba sin restricción mientras mi lubricación empapaba su mano. Empecé a acariciar su otro brazo. Su piel se sentía caliente, me excitaba mucho. Fui subiendo por él y me detuve a la altura de sus turgentes pechos. Frotaba uno fingiendo que tocaba su brazo. Pero mamá tomó mi mano y la colocó encima. Era rico sentir sus pechos aún por encima de su ropa. Usaba un sostén delgado, de tela. A medida que aumentaba mi excitación, los apretaba más fuerte. Quería chuparlos. Recordaba como mi sexo frotaba sus nalgas y se me ponía más dura. Empecé a gemir más fuerte y mamá a aumentar la velocidad. Una gran cantidad de semen ensució su mano y el sofá. Me limpió con papel humectante y me pedio que vayamos a ducharnos.

Me llevó de la mano al baño como un niño, sin decir nada más. Puso el agua caliente y se desnudó frente a mí. "Entra. El agua está caliente", dijo. Me saqué la ropa y entré con ella. Mamá enjabonaba sus ricas tetas y su sexo, mientras yo enjabonaba el resto de mi cuerpo.

–Cariño, necesitas lavarte primero ahí. –dijo.

No respondí y empecé a lavarme, aunque avergonzado, mientras ella acababa de ducharse. En el fondo, quería salir corriendo a mi cuarto y encerrarme a reprocharme todo. Mamá comenzó a recriminarme que no hacía un buen trabajo lavándome. Me quitó el jabón, se arrodilló y empezó a lavarme ella misma. Era increíble cómo había cambiado su actitud. Probablemente, ella había analizado las cosas de otra perspectiva, podría ser su madurez o su inmadurez, o quizás estaba cansada de todo. No tenía manera de saberlo. Pero mientras enjugaba mi pene, éste endureció en sus manos. Ella continúo lavándolo,

embadurnaba sus manos con jabón y lo aplicaba en mi pene y escroto, extendiéndolo a mi pelvis y todos los contornos. Remangó el glande y frotó con jabón la corona. Se sentía rico. Quería que me masturbe otra vez. Su cuerpo desnudo era increíble. Siempre se había cuidado muy bien. Tenía unas caderas deliciosas, unos pechos proporcionados y unas piernas nacaradas. Era tan delgada como aparentaba, su piel tan tersa como lo sugerían sus manos y tan perfecta como imaginaba. Sentía como mi pene se robustecía entre sus dedos, pero ella no insinuaba que iba a complacerme esta vez. Enjuagó mi pene. Me dijo que ahora si estaba apropiadamente limpió y besó tiernamente la puntita. Se puso su bata y me dijo que procure descansar.

No pude dormir esa noche a pesar de haberme masturbado dos veces en la ducha apenas salió mamá. Sentía que ese último beso era innecesario; que era cruel, impropio, enfermizo, trasgresor, rico, que deseaba más, que no quería que se repita nunca, que fue despiadado no chupármela, que era aterrador pensar que los labios de mamá habían tocado mi sexo… Me volví a masturbar en mi cama pensando en todo eso y dormí profundamente.

Como la primera vez, mamá y yo no conversamos la mañana siguiente de lo que había sucedido y, otra vez, todo se asemejaba a algo parecido a una novela inmoral que nadie quiere confesar que ha leído.

CAPITULO VI: Miedo.

Para la fiesta de San…, papá aún continuaba reticente a nuestro regreso. Lo que parecía encubrir algo que no sabíamos; bastante lejos de una medida de precaución.

En la pequeña ciudad de… se hablaba mucho de un fenómeno celeste que ocurriría por esos días. Era la primera vez que la ciudad reunía una multitud considerable. El único centro comercial que teníamos estaba abarrotado de todo tipo de compradores: desde distraídos que habían olvidado su equipo de observación hasta simples comensales muertos de hambre. Todos se preparaban para partir a las áreas de cultivo a contemplar el maravillo evento. Mamá y yo no fuimos la excepción. Nunca habíamos tenido la oportunidad de ver nada semejante y la ocasión se presentaba perfecta. Nos proveímos de lo necesario, nos reunimos con Melanie y Mara que, tampoco, querían perderse el prodigio y nos dirigimos al campo.

Alrededor de las seis de la tarde, innumerables grupos de personas se establecían a lo largo de la campiña. Muchos gamonales aprovecharon la oportunidad para hacer un poco de dinero cobrando a los extranjeros por usar sus tierras. Nosotros nos proveímos de uno de los mejores lugares en la hacienda de Melanie. Llevamos sillas reclinables y nos acomodamos sin contratiempos, y, ni siquiera, el viento que, extrañamente, esa noche soplaba enfurecido como si hubiéramos irrumpido en su casa, nos importunaba porque los muros de zarzales le cerraban el paso.

Aún faltaba un poco para que la naturaleza le recuerde al ser humano su antojadiza voluntad, pero la expectativa superaba cualquier espera.

–Buenas noches. Disculpen que interrumpa –gritó, de repente, un hombre bien vestido, de cabello corto, y recalcable apostura, desde detrás de la valla–. He llegado un poco tarde a la ciudad y no he tenido tiempo de comprar nada apropiado para la ocasión ni conseguir un buen lugar para contemplar el fenómeno. ¿No les sobra algún equipo de casualidad y un buen lugar para mí? Puedo pagarles lo que me pidan si es necesario ¿Qué tal doscientos dólares? ¡Vengo de muy lejos!

La abuela de Melanie, que se encontraba allí desde hacía varios días, le ordenó a ésta que lo dejara entrar, aunque Mara replicó que esa noche no se había quedado a dormir ningún trabajador, por lo que era peligroso.

–Sólo nos pueden robar nuestra cosecha y no entrará toda en sus bolsillos –replicó la abuela.

–De acuerdo –dijo Mara–. Melanie, hazlo entrar, pero cóbrale primero. Le daremos mi equipo y nos turnaremos para compartir el tuyo.

Mientras el hombre entraba el gran fenómeno aparecía maravillosamente en los cielos, obnubilando cada uno de los corazones y las mentes de las personas reunidas. Le entregó el dinero a Melanie, y pidió, a prisa, el baño antes que se perdiera lo mejor. Melanie lo condujo dentro del solar, absorta, temiendo que se le escape la mejor noche de su vida.

Mamá y yo estábamos abstraídos, el fenómeno se desplegaba en el cielo vivamente, empequeñeciendo y agigantando creencias; todo de pronto, dejó de tener importancia, todo aparecía insignificante; incluso el propio fenómeno descubría su insignificancia, insinuando la

bastedad maravillosa del universo. Y la moral, de repente, me pareció que era lo único de lo que alguien debería avergonzarse si la elige antes que su felicidad.

–¡Tía! –gritó Melanie desde el interior del solar– La abuela te necesita. Date prisa. De cualquier forma, es mi turno de usar el equipo.

–Ya voy –contestó gritando irritada–. Sólo un segundo.

Mamá se veía hermosa con su cabello recogido y su expresión atónita. Sólo me distraje un momento para verla, y sentía que todos los misterios del infinito se resumían en su extraordinaria belleza. Nada en el firmamento podía hacerme pensar de otra manera.

Repentinamente, el hombre bien vestido que Melanie había hecho ingresar a la hacienda apareció detrás de nosotros sigilosamente. Taponó la boca de mamá con su mano y me apuntó con un revolver.

–¡Los dos, entren al solar! ¡Rápido! –gritó, desesperado.

Mis piernas comenzaron a temblar. No pude pronunciar ninguna palabra. Caminé esperando lo peor, viendo, aterrorizado, como mamá sacudía sus extremidades sin ningún control. Melanie estaba tirada en el suelo inconsciente; un borbotón de sangre brotaba de su frente. Su abuela no presentaba ningún signo externo de violencia, pero se había desmayado y Mara lloraba amordazada y maniatada en un rincón. No soportaba la escena. Mi corazón palpitaba desenfrenadamente. El hombre lanzó a mamá al suelo. La maniató, la amenazó, la insultó… Me golpeó violentamente en la sien con la culata de la pistola, y me desplomé.

Ana Winfrey, pronunció el hombre leyendo la identificación de mamá mientras la jalaba de los cabellos. "Tengo un par de regalos para ti. ¿Eres una persona agradecida?... ¡Contéstame, zorra!", dijo abofeteándola repetidamente. Mamá asintió con la cabeza. Sus lágrimas

resbalaban desmedidamente. Sus escleróticas enrojecieron. Su piel empalideció. A pesar del temor que atoraba mi garganta no soportaba ver como ese hijo de puta la maltrataba. Intenté ponerme de pie, pero recibí una fuerte patada en la quijada que me derribó sin compasión. "Este es el primer regalo que quiero darte", dijo tirándole un fuerte puñete en la mitad del rostro que casi le destroza la nariz. "¿Te gustó? ¡Contéstame, mierda!", preguntó mientras el sollozo de mamá se volvía más desesperante. "¿No te gusta? Yo también recibí un regalo que no me gustaba en mi cumpleaños. ¿Sabes qué fue? El hijo de puta de tu marido me traicionó; mató a mi hermano y se quedó con toda la mercancía. Ahora nadie sabe dónde está. ¿Crees que me gustó el regalo, perra? Ahora dime. ¿Te gusta el mío? Tengo otro, dijo sacando su miembro y poniéndoselo a la altura de la boca. ¿Te gusta? ¿Sí? No debería dártelo porque sé que te gusta, perra. Pero, haré una excepción. Ahora abre la jodida boca", gritó proponiéndose a introducirlo cuando grité con la voz temblorosa: "¡mamá! sin poder contener el miedo que ahogaba mi garganta". El hombre se volvió, me registró y me arrebató la identificación. "Así que ese perro tenía un hijo", dijo contento por el descubrimiento. "Vas a morir, mierda", gritó pateándome fuertemente en el estómago. No dijo nada más y me apuntó con enojo, satisfecho por haberme encontrado. "Muere mierda", dijo, y un ensordecedor sonido explotó en aire. Cerré los ojos y grité asustado, pero, al contrario, de lo que suelen decir de la muerte inminente, no tuve un flashback, sino que imaginé el dolor de la bala perforando mi piel y mis huesos, mi cuerpo desplomándose en el suelo, la sangre chorreando de la herida, el miembro de mi asesino forzando la boca de mamá y el resto de su cuerpo fornicado antes que una bala destrozara su cabeza. Pero no sentí el impacto, no me había desplomado. Abrí los ojos y vi a mi verdugo en el suelo con una bala incrustada en su espalda y al señor Debai parado en el umbral del solar.

–¿Cómo llegaste? –le preguntó el hombre hindú que revelaba una personalidad completamente nueva.

–Tú… –dijo nuestro captor– vete a la mierda. Váyanse todos a la mierda –gritó llorando, frustrado.

–Vas hablar –dijo el hindú aplastando su herida con el cañón de su revólver.

Pero el hombre cerró los ojos y no los volvió a abrir. Una pata de cabra se había incrustado en su cuello cuando cayó callándolo para siempre.

–Lo siento –repuso el Sr. Debai, de repente, mientras nos desataba– Los perdí en medio de la multitud, y me costó encontrarlos. Pero, por suerte, llegué a tiempo.

De repente, llegó la policía, alertados por los disparos. Todos fuimos conducidos al hospital y, después, a declarar. El Sr. Debai se quedó detenido porque, pese, que atestiguamos a su favor, su identificación era dudosa. Nos dijo que nos visitaría pronto, pero que no nos preocupemos, que todo había pasado y que Hampstead nos esperaba.

Mamá había dejado de llorar desde que salimos del hospital. Regresamos en silencio conducidos por dos efectivos policiales que se quedaron estacionados afuera, temiendo que pueda existir un cómplice. Otro vehículo policial traslado a Melanie, Mara y su abuela a su casa.

Abracé fuertemente a mamá cuando nos encontramos solos. Todavía no salíamos del shock. Necesitábamos explicaciones, pero no podíamos comunicarnos con papá.

Nos acostamos en la cama de mamá, y casi no dormimos. Ella gimoteaba en mis brazos, y yo recordaba, aterrado, cada momento. El disparo aún resonaba temiblemente en mi cabeza. Odiaba a ese

hombre por maltratar de esa brutal manera a mamá y lamentaba mi anquilosamiento, mi letargo y mi fracaso en proteger las cosas que quiero.

No quise pensar en la identidad de ese hombre ni en el significado de sus palabras. Quería esperar las explicaciones. Todo lo que me importaba estaba a mi lado en ese momento.

Mamá se había recogido en la cama. Me quedé, toda la noche, echado junto a ella, abrazándola fuertemente por detrás. Me asustaba que aún temblara. Acariciaba sus brazos para inspirarle tranquilidad, seguridad, compañía…

–¿Cómo te sientes, cariño? –susurró, de pronto, volviéndose hacia mí.

–Estoy más calmado –contesté aliviado porque volvía a hablar– ¿Tú?

–Quiero irme –repuso con los ojos vidriosos, a punto de partirse–. Quiero irme –dijo de nuevo quebrándose.

–Te prometo que lo haremos tan pronto se aclare nuestra participación en la muerte de ese malnacido y la policía no pueda tergiversar nuestra partida –contesté completamente destrozado después de oírla– No importa lo que piense papá. No quiero que te pase nada. Nos iremos lejos.

–Gracias, cariño –dijo echándose en mis brazos.

Los siguientes días fueron complicados. La policía había encontrado nuestras identificaciones en el suelo, a un lado del cadáver, y parecían pensar que encubríamos alguna información.

El ánimo de mamá mejoraba poco a poco. El psicólogo nos persuadió de la necesidad de hablar de lo ocurrido y exponer

abiertamente nuestras emociones. Aunque reservamos muchos pormenores para nosotros, fuimos capaces de abrirnos.

Melanie y su familia no querían seguir en contacto con nosotros. Y la escasa vida de ese pueblo empezó a tramar historias e inventar que años atrás nos habían visto en tal o cual diario y noticiero acusados de todo tipo de crimines. La existencia en la pequeña ciudad de… empezó a ser insoportable. Mamá y yo teníamos demasiadas razones para no salir, y nos quedamos confinados, aferrados a la idea de que pronto partiríamos, de que esa decisión estaba tomada y no dependía de una persona ajena que no sólo nos había puesto en esa semejante situación, sino que, ni siquiera, estaba en el momento más difícil de nuestras vidas.

CAPITULO VII: Riña.

Dos meses después, no habíamos recibido noticias. El Sr. Debai, permanecía encarcelado y el teléfono no sonaba. Solamente Sophie conmovida por todo, nos llamaba de vez en cuando para asegurarse que estemos bien. "No creo en las cosas que dicen de ustedes. Usted siempre ha sido una buena persona, Ana", decía a menudo.

Un abogado de oficio nos dijo que no era ilegal que partiéramos porque no existía ninguna orden que dicte otra cosa; y que, en cualquier caso, la autoridad nos requeriría por escrito si necesitaba un acto de parte de nosotros; pero que era prudente esperar un poco, dos o tres meses, para desarticular cualquier sospecha. "También es imprescindible que comuniquen, por escrito, a la autoridad su cambio de domicilio. Sobre todo eso", resaltó satisfecho.

Los días en la casa se aligeraron con el regreso de la sonrisa de mamá. Los hematomas casi habían desaparecido haciéndonos olvidar esos tristes episodios y nuestro estado anímico casi se había recuperado. Pasábamos las horas como en los primeros días en la pequeña ciudad de… solos en un mundo completamente ajeno, con la única diferencia que estábamos a punto de abandonarlo. Como si, después de haber naufragado por mucho tiempo en una isla desolada, avizoráramos, a lo lejos, una embarcación acercándose.

Por las noches le contaba historias que había leído a mamá, y ella me miraba absorta, entretenida, feliz.

–Me siento como Scheherazade –le dije una noche.

–¡Jajá! Entonces apúrate o haré que te corten la cabeza.

–Eso me suena más a la Reina Roja.

–Pero tú no estás tan flaco como un naipe ¿o sí? –repuso haciéndome cosquillas.

–¡Jajá! ¡Para, mamá!

–¡Está bien! ¡Vale! –pero cuéntame algo que tenga lunas y estrellas.

El cuento duró sólo diez minutos hasta que nada más se me ocurrió. Ella sacó un libro de poesía que guardaba en su mesa de noche y comenzó a leerme unas líneas. Era precioso escucharla. El que había escrito esos poemas no podía haber imaginado que un día iban a ser perfectos en las manos de mamá.

Nos quedamos dormidos conversando del porvenir, ese mágico alarido lejano que cada uno enmarca en la historia que quiere.

Empezamos a salir un poco más seguido nuevamente. Solos nos exponíamos a las vejaciones de los vecinos, pero juntos caminamos libremente.

Una mañana nos encontramos con una citación policial debajo de la puerta. Nos parecía curioso porque el día anterior no salimos y no escuchamos a nadie tocar la puerta. Nos requerían comparecer ante el instructor policial a fin de contribuir con la investigación en torno a la muerte de John Q.F.S.

Temía que quieran hacernos preguntas complejas con la finalidad de involucrarnos de alguna manera porque a todas las personas de la pequeña ciudad de… les disgustaba el incidente a tal punto que nos culpaban de todo. Conversé con mamá sobre las posibles preguntas que íbamos a tener que responder, y evaluamos si íbamos a involucrar a papá de alguna u otra manera si, acaso, se nos pusiera en esa situación; pero teníamos percepciones distintas de las consecuencias

que nuestras respuestas podrían originar: por un lado, mamá pensaba que ningún problema se originaría de involucrar a papá; por otro, a mí me parecía que debíamos negar cualquier conexión de papá con lo sucedido y declarar que no conocíamos los móviles de John Q.F.S. Las preguntas dependían en gran medida de lo pudiera haber dicho Mara, que era la única persona, que además de nosotros dos, había permanecido consiente y del Sr. Debai, porque lo único que nosotros dos habíamos dicho hasta el momento era no tener conexión con John Q.F.S y no estar en condición de recordar lo que había dicho.

Mamá y yo no conseguimos ponernos de acuerdo en ese punto. Ella no encontraba razones para apartarse de la verdad y yo temía que lo que dijéramos pudiera desencadenar algo desastroso o, peor aún, injusto.

–Ese hombre solamente dijo lo que tu papá ya me había dicho –repuso mama airada–. No tenemos que ocultar nada. Tú papá siguió un juicio en Hampstead. Fue absuelto por actuar en defensa propia.

–¿Y qué tal si no es así? ¿Qué tal si nos mintió? Tú escuchaste que él habló de una mercancía. ¿Por qué el Sr. Debai se disculpó y dijo que nos había perdido en el campo? Hay cosas que no sabemos. Podríamos decir algo que no debemos. Condenar a papá o al Sr. Debai. ¿Vas a olvidar que nos salvó la vida?

–No entiendo de que hablas. ¿Qué podríamos decir que los condenen?

–¡No lo sé!

–Piensas demasiado.

–No. Sólo estoy pensando.

–Tú padre nos trajo a este infierno. Si nos mintió es su problema. Yo ya me cansé.

–No seas necia. Tenemos que juzgar la verdad; no, la mentira. Y aún no sabemos cuál es.

–Estás hablando como tu padre otra vez. ¿Quieres que nos quedemos en esta maldita ciudad pudriéndonos toda vida?

–No. Esa es la razón más importante para no involucrarnos más y sólo lo conseguiremos si no involucramos a personas con las que tenemos conexión.

–¡Eso es estúpido! No hicimos nada. El abogado dijo…

–El abogado no sabía todo y nosotros no sabemos qué información tiene la policía.

–¿De qué nos pueden acusar?

–¿Qué tal si el costoso collar que papá te regaló sólo un mes antes de venir aquí fue robado? ¿No te haría cómplice?

–¡No seas estúpido! Tu papá nos has llenado de comodidades desde que naciste. Ese collar no es nada.

–Haz lo que quieras –respondí airado–. Declaro una hora antes que tú. Me largo.

–Tienes que decir la verdad. No seas idiota. Van a sospechar de ti si mientes. Entiende.

–Ese no es tu problema –dije azotando la puerta de la calla al salir.

El interrogatorio fue corto. No nos hicieron ninguna pregunta referente a papá. Solamente querían aclarar nuestra relación con Melanie y su familia, que había olvidado establecer el efectivo policial

de turno. Cuando le preguntamos al instructor si había recogido las declaraciones de todos, dijo que sí; pero que, por lástima, no tenían mucha información: “Dos de las tres mujeres estaban inconscientes y la tercera perdió su aparato de sordera por los manotazos que le propino el delincuente. En cuanto a su salvador, declaró haber actuado en su defensa. Su abogado llegará mañana portando unos documentos”, sentenció el policía, completamente enamorado de mamá.

Había pasado casi una semana desde mi enfrentamiento con mamá. Era nuestro primer altercado en la pequeña ciudad de… Nuestro distanciamiento nos había arrojado a la completa soledad. Yo pasaba las noches escribiendo en una bitácora las pormenores de nuestra estancia en la pequeña ciudad de…; y mamá, en su habitación, tachando en un calendario de pared los días.

CAPITULO VIII: Septiembre.

Ese septiembre trajo un otoño sin veredas colmadas de hojas secas ni paisajes naranja-amarillos, la casa tenía un aspecto lúgubre, triste, odioso… y el silencio pintaba nostalgia en colores voraces. La lluvia tamborileaba, salvaje, en los tejados de pizarra y la noche devoraba incluso las sombras más oscuras.

El otoño de Hampsteand era completamente diferente. En el gran parque las hojas caían acompasadas, mecidas por el viento. Todos los caminos parecían dibujados por un pintor enamorado y ningún poeta se atrevía a describirlo sin arriesgar su reputación.

Fue en otoño cuando mamá me llevó por primera vez a una actuación de la orquesta nacional y la primera vez que tocamos juntos. La primera vez que amé la música; la primera vez que amé de verdad.

Pensaba en esto, cuando, de repente, escuché el clarinete de mamá entonando la primera composición que me había enseñado, la misma que tocamos juntos por primera vez.

Me acerqué lentamente a su cuarto intentando no hacer ruido y me detuve afuera, a un lado de la puerta, mirando al interior a escondidas. Los ojos de mamá estaban bañados en lágrimas. No lo soporté. Entré y la abracé en silencio. Ella acarició mi mejilla. Esbozó una sonrisa y limpió sus lágrimas.

Empezó a tocar nuevamente y me quedé a su lado mirándola. Tenía una falda pequeña y una playera blanca ceñida. Su cabello estaba recogido y dos mechones largos caían por un lado de su rostro. Su tez blanca, perfecta, contrastaba con sus labios bermellón natural y sus

dedos recorrían sensualmente el cuerpo del clarinete mientras chupaba la boquilla completamente apasionada.

–¿Has hecho tus maletas, cariño? –me preguntó dejando de tocar un momento.

–No. Lo olvidé –repuse despertando de mi sueño.

–Pero los pasajes son para mañana. –Te lo recordé ayer.

–Lo sé. He estado algo retraído.

–Mañana es el día, amor. Regresamos. Iremos a la casa de tus abuelos. Los llamé hoy. ¿No estás contento?

–Ajá… –contesté a pesar de que una extraña pena me invadía.

–Ven aquí –dijo arrimándome a su lado–. No importa que pase. Siempre vamos a estar juntos. Ahora ayúdame a terminar de hacer mis maletas para después hacer las tuyas.

Lo hicimos juntos y mamá me dejó la última para regresar a su clarinete. La cerraba apurado mientras ella improvisaba unas notas bellísimas cuando me corté el dedo índice con el cierre.

–¿Qué pasó, amor? –dijo advirtiendo mi sobresalto.

–Me corté con el cierre de la maleta –contesté apretando mi dedo con la otra mano.

–Déjame ver.

–No es nada. ¿Creo que tenemos tiras en el baño?

–Primero muéstrame, cariño.

–Aquí está –dije extendiéndole mi mano.

–Está sangrando mucho, amor –repuso consternada e, inmediatamente, introdujo mi dedo en su boca y comenzó a chuparlo para contener la sangre.

Me quede absorto mirando como mi dedo entraba y salía de su boca, sintiendo como su lengua se deslizaba sobre la herida y sus labios enjugaban los contornos de mi dedo. Se me puso dura de inmediato.

–Ya está –repuso por fin. Ha dejado de salir tanta sangre. Ahora necesitamos vendarlo.

Era cautivador verla vendar mi dedo con tanto cariño. Era como ver una princesa cuidando de un aldeano herido. Irradiaba ternura, compasión, amor…

–Bien. Creo que ya está –dijo, de pronto–. ¿Te sigue doliendo?

–No. Nada. –respondí feliz.

–Entonces vamos a hacer tus maletas, amor. Se hará tarde.

Entramos a mi cuarto, y mamá encendió la radio para animar la tarea.

–Creo que esto mejor lo dejamos acá –dijo riendo mientras sostenía una prenda interior pequeña que me había regalado Melanie.

–¡Dámela! –repuse avergonzado riendo con ella y me acerqué para arrebatársela.

–Toma –replicó apartándola de mi alcance con el brazo estirado.

–¡No juegues! –dije contento mientras intentaba alcanzarla.

Mamá hacía lo imposible para que no la tomara, y yo me acercaba más para quitársela. La atrapé de espaldas contra el ropero mientras huía, pero ella se volteó para proteger la prenda. Me pegué, la rodee

con mis brazos tratando de arrebatársela, y, sin darme cuenta, mi sexo, también, alcanzó su culo.

Se me puso bien dura. Rozaba sus piernas y nalgas mientras forcejeábamos. Cuando conseguí quitársela, perdimos el equilibrio por el tirón que di y tuve que apretar a mamá contra mi pecho para no caer.

Sonaba en la radio una balada que le gustaba mucho a mamá, y me pidió que la baile con ella. Sujeté su cintura, ella rodeó mi cuello con sus brazos y acomodó su cabeza en mis hombros. Sentía su aliento caliente bañando mórbidamente mi cuello. Mamá bailaba despacio, tranquila, acompasada, y mi erección crecía dura y desmesurada. Trataba de tocar su culo con mis dedos, tímido, calculador. Mamá se me pegó más cuando sintió mi excitación rozar su pierna. Se inclinó hacia adelante como insinuando que quería que mis manos toquen su culo; pero, en vez de eso, las retiré acobardado. Entonces, ella se volteó; colocó mis manos alrededor de su cintura y pegó su culo a mi sexo. Se movía rico. Sentía como mi verga mojaba mi ropa interior y estiraba mis jeans. De repente, mamá levantó su falda y dejó sus preciosas nalgas a mi merced. Puso mis manos en su cintura y abrió mis pantalones y mi zipper a ciegas. Nuestra ropa interior rozó deliciosamente. Tocó mi miembro encima de mi bóxer sin atreverse a voltear y luego deslizo su mano por debajo de él. Lo sacó y frotó su culo contra él deliciosamente y, un momento después, se volvió hacía mí con la mirada agachada y se arrodilló para chuparlo. Lo hizo rico, lo introdujo tiernamente en su boca y lo lamió despacio, dando besos alternados en la puntita. Su boca estaba caliente y húmeda. Sus labios apretaban mi verga mientras su lengua resbalaba en el glande. Tomé su cabeza por el cabello y la empujé hacia adelante introduciendo más adentro mi sexo. Mamá lo chupaba esmeradamente. Su saliva chorreaba en todo mi pene. Aumentaba el ritmo de acuerdo a mi

excitación. Lo frotaba con su mano mientras tomaba aire y lo volvía a introducir, despacio, delicadamente, en su boca. Era una mamada tierna, hermosa, rica…Masajeaba mi escroto y le daba deliciosos lengüetazos, pero nunca abandonaba mi pene. Si no lo chupaba, lo masturbaba. Tomó mi mano y la colocó en una de sus tetas. Sus pechos se erguían preciosos, redondos, ricos… Quería arrebatarle la playera y apretárselos fuertemente, pero los froté por encima, despacio, delicado. Intentaba ser tan tierno como ella.

De pronto, se levantó y, sin atreverse a mirarme, se sacó la playera y se echó boca abajo en la cama quedando en ropa interior, tentándome con su formidable culo, sus piernas, sus caderas y sus nalgas, que frotaba excitada, en silencio, respirando agitadamente.

Acabé de sacarme el pantalón y me eché encima con mi verga fuera de mi bóxer como la había dejado mamá. Frote mi erección desnuda en sus nalgas empapándolas de mi lubricación y mojé su ropa interior.

Ella se retorcía en la cama, deseosa, excitada. Acaricié sus piernas y sus brazos e introduje mis manos debajo para alcanzar sus pechos. Mamá soltó su sostén, y el calor de sus tetas se extendió a mis manos. Acariciaba sus tetas, enajenado. Se sentía rico frotarle mi verga en su culo, sentir el calor de su cuerpo amalgamarse al mío y apretarle las tetas fuerte.

Le besé la espalda y ella comenzó a morder la almohada y las sábanas, desquiciada.

Bajó su ropa interior hasta donde le fue posible e intentó bajar mi bóxer a ciegas. Yo acabé de sacármelo y, también, su ropa interior. Me volví a echar encima y froté mi erección en su culo desnudo empapándolo de mí sin atreverme a penetrarlo.

De repente, volteó su rostro hacia mí mirándome por primera vez desde que correteamos por el regalo de Melanie. Su mirada era lujuriosa, incontenible, diferente a todas. Abrió ligeramente las piernas, acarició mi pecho con sus dedos, se volteó nuevamente y me jaló del brazo hacia ella.

Me subí encima con la verga bien dura, y mamá la acomodó con la mano. Sentí el rico calor de su sexo mojado unirse deliciosamente al mío. Lo metía y sacaba absorto, pero, apenas salí de mi asombro, la penetré con fuerza.

Después que mi verga resbaló fuera de su vagina tres o cuatro veces por la incómoda posición, ella se arrodilló sobre la cama dejando su culo frente a mí. La penetré desesperado; con mucha fuerza. Mamá arañaba excitada las sábanas cuando dejaba de metérselo. Se movía bien rico, descontrolada, gimiendo como loca. Mi verga volvió a quedar afuera. Se la metí duro; quería que sienta mi desesperación, mi ansiedad, mi deseo… Arrojé mi aliento caliente en su oreja y gemí haciendo ademán de eyacular. Ella se arrojó a masturbarme con su mano empapada de sudor y mi leche caliente ensució sus ricas tetas.

Mamá me abrazó tiernamente. Me dio un beso cálido en la boca y se fue a su dormitorio.

CAPITULO IX: Casa.

Nos levantamos temprano el día siguiente. No tomamos desayuno y nos dirigimos a la calle con nuestras maletas; pero cuando abrimos la puerta apareció la figura de un hombre que no esperábamos ver: papá.

–¡No saben cómo los extrañé! Lamento todo. Espero que estén bien. Ahora podemos irnos. No tienen que estar aquí más tiempo –dijo como si nada hubiera pasado.

Mamá lo abofeteó y le dijo que ya no lo necesitamos, que habíamos sobrevivido sin él y que podríamos seguir haciéndolo.

–Lo han hecho por Alan Debai –contestó papá– Y a él lo envíe yo.

–¿En qué diablos estás metido? ¿Por qué no nos has dicho la verdad? Nunca hubo ningún juicio en Hampstead. Conversé con Debai.

Me quedé impactado. Mamá nunca me dijo lo que había averiguado.

–Te mereces la verdad –dijo de pronto–. Los dos se la merecen –agregó mirándome.

–El dinero que nos ha dado tantas comodidades provenía de la venta de contrabando en... Las barreras comerciales de ese país no permiten ingresar productos de otros mundos. Yo ayudé a cambiar eso. No hice nada malo. Es una regla desproporcional que lesiona el libre comercio, la libertad de empresa, y propio el crecimiento de ese lugar. Pero, una de las embarcaciones que envié sufrió un siniestro en ultramar, y el capitán recurrió al echazón. Toda la mercadería se perdió, pero se salvaron la vida de los tripulantes. El hermano de John Q.F.S tenía

apostado mucho dinero en ese viaje. Creyó que lo estafé a pesar de conocer el riesgo del negocio y me buscó con la intención de matarme. No es mi maldita culpa. Debai llegó aquí para protegerlos de John Q.F.S. Yo se lo ordené cuando, hace unos meses, éste casi me mata en una balacera de la que salí ileso gracias a mis guardaespaldas, entre ellos Debai, temiendo que los encuentre. Tienes razón –continuó dirigiéndose a mamá– No hubo ningún juicio pero necesitaba arreglar las cosas con respecto a la muerte de ese hombre, porque, aunque hubiera podido probar que actué en defensa propia, me hubieran condenado por contrabando. Le pagué una cantidad importante al fiscal que investigaba su muerte y concluyó el caso dictaminando que lo mató la mafia. El único que sabía la verdad era John Q.F.S. y ahora está muerto. Debai, nos espera en la estación. Tienen que entenderlo. Sólo intenté protegerlos.

–No. Nos hiciste padecer muchas cosas aquí por no confiar en nosotros. Es más, nunca lo hiciste. Siempre crees que tu maldito razonamiento es superior a cualquier cosa y que tú puedes juzgarlo todo poniéndote por encima de la propia ley. No te lo voy a perdonar. Elliott y yo nos vamos a la casa de mis padres. No quiero volver a verte. –sentenció mamá iracunda.

–¿Elliott, puedes esperar afuera? –me preguntó papá, apesadumbrado, con lágrimas en los ojos.

Salí sin decir nada sintiendo compasión por papá. Después de todo, solo quería protegernos… No había hecho nada inmoral. No él. Papá cerró la puerta detrás de mí y me quedé afuera intentando no escucharlos.

Pasaron una hora completa adentro. Los dos tenían los ojos rojos cuando salieron.

–Elliott, iremos con tu papá –dijo mamá molesta.

CAPITULO X: El clarinete.

Nunca volvimos a Hampstead. Nos instalamos en una casa nueva en otro barrio de Londres.

Había pasado casi un mes desde que nos mudamos. Las cosas entre papá y mamá aún continuaban complicadas.

Papá había vuelto a la práctica judicial y trabajaba en una de las firmas de abogados más importantes del país.

La tarde anterior al día en que, por fin, partí a iniciar mis estudios universitarios en el condado de… en el país de… estaba en mi habitación pensando en las palabras de despedida que le dirigiría a mamá cuando, de pronto, el hermoso tañido de su clarinete comenzó a tocar aquella dulce melodía que significaba tanto para nosotros.

Fui hasta su habitación. Mamá vestía shorts y una blusa pequeña…